BOLSILIBROS BRUGUERA

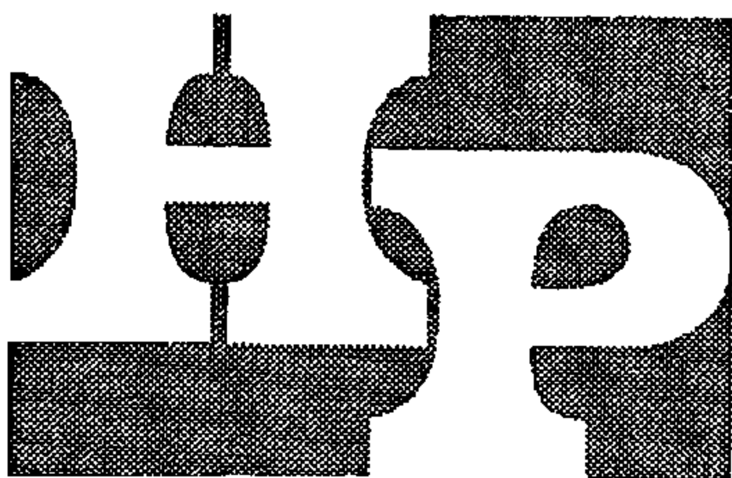
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

# Keith Luger

# SATAN VA AL OESTE







# Héroes de la PRADERA



# Keith Luger

## SATAN VA AL OESTE

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 224
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

*ISBN 84-02-02524-2*

*Déposito Legal B 153-1974*

*Impreso en España - Printd in Spain*

*2.º edicción: abril, 1974*

FRANCISCO BRUGUERA - *1965*

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

# CAPÍTULO PRIMERO

La puerta del camerino retumbó al impulso de unos golpes perentorios.

—¡A escena, señor Miller! —gritó una garganta afónica desde afuera.

Jim Miller se dio dos toques más de maquillaje rojo, se echó atrás en la silla y se contempló en el espejo.

El espejo le devolvió la imagen de Satán. Era la caracterización preferida de Jim Miller.

Todas las tardes encarnaba el papel de Satanás en el drama de Troy Campbell, titulado *El hombre que vendió su alma por un harén.*

La obra tenía mucho éxito. Se había representado cientos de veces en docenas de teatros de los pueblos de Texas.

Jim Miller rió cavernosamente, tal como lo hacía en su papel de Satán. Estaba ganando buenos dólares en aquella pantomima. Y por lo que barruntaba, habría obra para rato.

Estaría cobrando durante mucho tiempo.

—¡A escena, señor Miller! ¡Tiene un minuto!

—Ya voy, Timmy —interrumpió Jim sus pensamientos.

Se puso en pie y se miró en el espejo vertical.

Se atusó un bigote de largas guías y guiñó un ojo para regodearse.

Volvió a reír cavernosamente, pues tenía la risita patentada, ya que, su aparición en escena, siempre iba acompañada de la teatral carcajada.

Enderezóse el cuerno derecho y se dispuso a salir.

La cola le arrastraba un poco, pero Jim se las ingenió para subirla y poder encontrarla más tarde en la escena segunda dando un coletazo muy del agrado del sencillo público de Pratter City.

Abrió la puerta y escuchó el rumor del público entusiasmado, porque el protagonista de la obra acababa de hacer una invocación:

—¡Y vendo mi alma a Satán!

El murmullo subió de tono, y ése era el preciso momento que Jim tenía que aprovechar para su entrada en escena.

Pegó un salto hacia las bambalinas y gritó cayendo en escena, justo por un hueco del decorado.

—¡Pues aquí me tienes, Filomeno, dispuesto a cumplir tus deseos!

Algunas mujeres de las primeras localidades gritaron alarmadas al ver al rojo diablo que acababa de aparecer.

Pero pronto se hizo un silencio tenso. Lo rompió un niño de pecho que empezó a chillar.

Ahora, Jim Miller se sabía dueño de la escena.

El protagonista, Filomeno, había quedado reducido a cero. Todos estaban pendientes del diablo.

Jim rió cavernosamente, de modo que retumbaron las paredes del establo habilitado para teatro. Produjo muy buena impresión.

Se colocó en el centro del escenario sin dejar de reír. Como en la galería derecha había una estupenda rubia, Jim le dedicó un guiño y agregó un sacudón de rabo que hizo enrojecer a la dama.

—Yo soy el dueño de todo y puedo concederlo todo —dijo declamando.

—¡Quiero quedarme viudo, Satán! —gritó un vejete borrachín desde las localidades económicas.

Hubo un siseo enfurecido por parte del público, y pronto se escuchó un seco castañazo por parte de uno de los cuidadores, quien sacó discretamente al viejo en volandas.

Jim Miller gruñó aprobatoriamente desde el escenario y repitió la promesa al protagonista.

Filomeno reculó a brincos simulando una exagerada sorpresa.

—¿De veras puedes concederme lo que deseo?, ¡diablo!

—Tengo un gran poder.

El viejo expulsado de la sala, sacó la cabeza por una claraboya y gritó cascadamente:

—¿A que no puedes hacer que presente la dimisión el animal del alcalde?

Se escuchó un conato de carcajadas, pero alguien arrojó una

pesada banqueta que entró por el hueco un segundo tarde, ya que el viejo se había esfumado.

Jim Miller apretó los dientes. Aquel condenado viejo le estaba haciendo polvo el papel.

Atrajo nuevamente la atención del público con una de las risotadas cavernosas y continuó el diálogo.

En una de tantas frases, Satán dijo:

—¡Ahora es el momento de las grandes maravillas!

Y de repente se escuchó una sorda explosión tras los decorados.

Se esperaba una nube de humo para dar lugar al truco escénico que consistía en cambiar de decorado y meter a Filomeno en una especie de palacio oriental donde se daría la gran vida.

Pero además del humo se produjeron grandes llamaradas.

El público se alarmó unos segundos y quedó en situación expectante.

Sin embargo, de pronto, alguien aulló:

—¡Fuego!

Y fue la palabra clave para que estallase el pánico.

Cada cual perdió el asiento y corrió como un poseso.

Para acabarlo de arreglar, las llamas se elevaron y envolvieron las decoraciones del fondo.

El estallido de pánico hizo que las gentes se agolparan en la salida formando un sólido tapón.

Los gritos de terror resonaron a coro al verse el escenario convertido en una pura pavesa.

Lo más curioso era que Satán iba de un lado a otro, entre las llamas, y así aumentó el efecto del infierno que daba el pequeño teatro.

Pero Jim Miller sólo se esforzaba en calmar al público a gritos.

No le valió de nada.

En eso decidió salvar a los desvalidos que tenía más cerca.

Y como vio que la pobre rubia estaba a punto de ser derribada de la galería, Jim dio un salto y, tras ganar la barandilla de madera, se asió a la mujer.

La chica se le agarró al cuello y, así, Jim saltó por entre los restos del escenario y trató de ganar la salida trasera, de la que se habían olvidado todos en su acceso de terror.

Consiguió atravesar la puerta justo cuando caía una viga

encendida donde acababan de pisar.

Al fin respiraron el aire puro del patio.

La rubia siguió en brazos de Jim.

—¡Nos hemos salvado! —exclamó.

—Todavía nos encontramos en peligro —replicó Jim, porque le gustaba mucho tener a la muchacha en brazos—. Conque no se suelte.

—Por favor, déjeme en el suelo. Podré correr mejor y alejarme de este infierno.

—Bueno —suspiró Jim melancólico al tener que dejarla libre, pues la rubia estaba como para no creérselo—. Yo quería nombrarme su protector particular.

Ella sonrió.

—Ha sido muy bueno. Y muy valiente.

—No hizo falta demasiado valor para tenerla en brazos.

—¡Qué pillastre es usted, Satán! Y, para que vea que no soy una desagradecida, le voy a dar un beso como premio.

—Ya. Seguro que es uno de ésos en la frente.

—Cierre los ojos, Satán.

Jim titubeó un instante porque cierta vez, una pelirroja le dijo lo mismo y, en vez de darle un beso, le sacudió un culatazo de revólver y, cuando despertó, le había limpiado cincuenta y dos dólares. Pero como los recuperó, y no le fue mal del todo en el acto de la recuperación, Jim se dijo que valía la pena exponerse otra vez.

Apenas cerró los ojos, la rubia lo besó en los labios. Aunque lo hizo muy rápidamente, y echó a correr riendo de lo lindo.

—¡Eh! —exclamó Jim—. No se marche.

—¡Debe salvar a las ancianas que quedaron atrapadas ahí! —agregó la rubia, ya al otro lado de la calle.

Jim apretó los labios, lleno de resignación y giró la cabeza cerciorándose de que, efectivamente, el establo sería pasto de las llamas y alguien podía salir seriamente chamuscado. Y de pronto tuvo la más luminosa idea de la temporada.

Fue al mirar hacia el tejado.

Vio un enorme depósito de agua que servía para llenar los abrevaderos.

Sin dudarlo un instante, Jim corrió hacia un tipo que trataba de colocar una escalera para rescatar a la gente atrapada en el interior.

Tiró del revólver que el tipo llevaba colgando en el cinto y, sin pestañear, disparó todo el cilindro hacia la base del depósito.

Como era de esperar, la parte baja del depósito se abrió en una especie de raja curva, y por el hueco comenzó a salir un fuerte chorro de agua.

El agua roció el tejadillo que ya empezaba a hundirse, y la misma presión del depósito aumentó el boquete, y de repente se produjo un aluvión de agua que cayó justo sobre el lugar donde se alzaba el escenario.

El rojo violento de las llamas se apagó, dando paso a una enorme columna de vapor que se elevó al cielo como un gigantesco hongo.

Y aquello fue el fin del vaporoso incendio.

Todavía habían ataques de histerismo, pero el público atrapado comenzó a salir del establo-teatro, cada cual rezumando de agua, pero felices por haber escapado de las llamas.

El *sheriff* alzó los brazos en mitad de la calle, y gritó:

—¿Quién ha tenido esa estupenda ocurrencia de rajar el depósito?

—¡Ha sido el diablo! —exclamó un tipo delgado.

—¿Cómo?

—Ha sido el tipo que hacía de Satán en el drama. ¡Mírelo, *sheriff*! ¡Allí está!

—¡Todo el mundo quieto! —rugió la autoridad de Pratter City.

Pero el tipo delgado encabezó un grupo y dijo:

—¡Tenemos que felicitar al héroe! ¡Ha salvado muchas vidas! ¡Todos con él, muchachos!

Jim dio un respingo.

Ya era suficiente haber perdido su trabajo, para que ahora se tuviera que ver triturado por una multitud histérica.

Tiró el revólver al tipo de la escalera y se dio media vuelta echando a correr.

El grupo lo persiguió vociferando y Jim sintió pánico por si llegaba a caer en sus manos.

Trató de ganar la calzada y lo consiguió, gracias a que el carromato de los bomberos llegaba tardíamente al lugar del siniestro y bloqueó el paso a sus perseguidores.

Jim entró como un ciclón en el hotel Pratter.

El empleado saltó tras el mostrador.

—¡Dese prisa, señor Miller! ¡El año pasado despedazaron de entusiasmo a un tipo que nos salvó de la sequía!

Jim vio de pronto a la rubia que aparecía en el rellano.

—¡Eh, preciosa! ¡Ayúdeme!

Ella asintió y le hizo un gesto perentorio.

—¡Aprisa! ¡Suba!

Jim subió los escalones de tres en tres y entró en la habitación de la hermosa rubia, convertido en un cohete.

Cerró la puerta y la rubia dio dos vueltas a la llave.

Y durante las horas siguientes, Jim estuvo tan bien protegido que, los agradecidos tipos de la multitud, tuvieron que renunciar a su búsqueda.

Fue la bella rubia la que se encargó de protegerlo y premiarlo bien premiado.

## CAPÍTULO II

Jim Miller despertó al escuchar una voz ronca que decía:

—Muy bonito. Acabamos de arruinarnos y tú tan campante en el apartamento de una tal Inger, de nacionalidad sueca.

Jim dio un brinco y miró a varios lados.

—¿Dónde está la sueca? —exclamó en un grito—. ¡Inger!

El grandullón de la voz ronca que estaba frente a él hizo una mueca de pesaroso sarcasmo.

—Hace rato que la vieron salir de aquí, primo.

—¿Eh?

—El muchacho del registro acaba de decirme que abandonó muy aprisa esta habitación.

Conque será mejor que te revises los bolsillos para ver si aún conservas el dinero.

Jim dio un manotazo en un cinto-cartera.

—¡Dios santo! ¡Se llevó mi dinero, Troy!

El grandullón Troy hizo una mueca como si quisiera echarse a llorar.

—Era lo que nos faltaba. Primero se me quema el teatro ambulante, luego tengo que devolver el importe de las localidades y, para postre, tú te largas con la primera sueca que te hace ojitos y te limpia nuestros pobres ahorros.

—Sólo eran cuarenta y dos dólares, Troy.

—Oh, casi nada… ¡Maldición, estamos en la quiebra!

—Trata de calmarte, Troy.

—¡Acabo de perder mi negocio! ¡Se me han quemado ochocientos dólares de decorados, quinientos de vestuario y doscientos de artilugios escénicos! ¡Y sólo se te ocurre decirme que me calme!

—No estoy muy ocurrente, Troy.

El grandullón gimoteó dejándose caer en una esquina del amplio diván.

—¿Qué vamos a hacer, Jim?

—Déjame pensarlo, muchacho.

—Anda, dale a la sesera, a ver si encuentras el medio de obtener dos mil dólares que nos hacen falta para poner a flote nuestro teatro ambulante.

—¿Cómo ha podido ocurrir, Troy?

—Siempre será un misterio. El tramoyista tenía que dejar escapar el cohete de humo, como ocurría en todas las representaciones, pero, en vez de humo, sonó una explosión y se armó la gorda.

—Es como si una mano siniestra hubiera querido hundirnos en la negra ruina.

—Tú lo has dicho, Jim. Estamos en el mundo como dos huérfanos. ¿No es para morirse de rabia? Llevábamos una buena racha. Teníamos en perspectiva cien representaciones más de *El hombre que vendió su alma por un harén*. ¿Y qué nos pasa de pronto?

—Todo arde sin explicación, Troy.

El grandullón lanzo un salivazo furioso.

—Creo que tendremos que volver a vender aquellos parches contra el reumatismo en la vía pública. Lo mismo que antes de empezar nuestros negocios teatrales.

—No me hables de los parches curativos, Troy. Es como hablar de la soga en casa del ahorcado.

—Anda, tipo listo. Inventa algo para que podamos recuperarnos.

—Ya daré con algo, Troy. Déjame pensar… Todo lo que necesito es tener el cerebro en funcionamiento.

—Hala, que yo oiga el ruido de las máquinas.

Jim paseo de un lado a otro del apartamento.

Ofrecía un aspecto muy risible, ya que conservaba el traje de diablo, la cola chamuscada y un par de rotos en las rojas perneras.

—Analicemos la situación, Troy.

—Eso, analicemos.

—Nos encontramos en Pratter City.

—Añade que sin dinero. Anclados forzosamente.

—No me interrumpas, Troy.

—Adelante.

Jim daba coletazos al pasear de pared a pared.

—Estamos en Pratter City porque nuestro agente de espectáculos nos buscó esta ciudad para nuestras actuaciones, dado que Pratter City arde en fiestas debido al rodeo.

—Sí, señor.

—Y si hay rodeo en Pratter City, el dinero tiene que correr como el agua.

—Menos por nuestros bolsillos.

—Y dale con los comentarios depresivos. —Jim se enfrentó con el grandullón—. Troy…

—Estoy a la escucha, Jim.

—Hay que aprovechar el rodeo, la fiesta, la concentración de forasteros en esta ciudad.

—Eh, no me digas que quieres actuar en las carreras de potros. ¿O piensas derribar reses en los concursos?

—Estaba pensando que habrán muchos espectáculos donde podamos actuar. Marty Lerman, nuestro agente de espectáculos, nos conseguirá un trabajo. Conque tenemos que ponernos en contacto con él.

—Marty Lerman está en Pratter City…

Jim dio un brinco.

—¡Repite eso!

El grandullón tosió.

—No pensaba mencionártelo porque ya lo tengo trabajado. Apenas se nos incendió el teatro, fui a pedirle un anticipo. La respuesta fue echar mano al revólver que tiene en el cajón del escritorio.

—Yo soy el que tengo que trabajar a Marty —dijo Jim muy excitado—. Infiernos, ¿qué estamos haciendo aquí todavía?

Troy dio un respingo.

—Eh, no pensarás andar así por la ciudad. Todavía llevas los calzones de Satán. Y tu ropa se quemó en el incendio.

Jim agarró el pomo de la puerta.

—El chico del registro encontrará algo para mí. En ese hotel tienen muchos pantalones de tipos que no pudieron pagar el alojamiento.

Troy siguió rezongando a Jim. No le gustaba el cariz que

tomaban las cosas. Todo aquello ocurría cuando estaba en la miseria.

Jim llegó al registro y, apenas comunicó al muchacho sus deseos de cambiar de indumentaria, éste quiso chantajearlo.

Las cosas se arreglaron con la promesa de darle cinco dólares cuando nadaran otra vez en oro.

Jim salió coceando del interior de un cuartucho, vistiendo unos pantalones que le quedaban algo estrechos. Pero siempre eran preferibles a los calzones rojos de Satán.

Tuvo que conformarse con la blusa roja.

Sin perder un instante, se dirigieron al despacho provisional de Marty Lerman, situado en una esquina de la calle Mayor.

Marty Lerman era un tipo de cabello pajizo y ojos claros.

Arrugó las facciones dolorosamente como si sufriera de cálculos en los riñones.

—¡Maldición, Jim. Troy…! ¡No tengo dinero! ¡También me arruiné con su maldito teatro!

Jim se aclaró la voz y frunció el entrecejo.

—¿Quién habla de pedirte dinero, Marty?

—Lo he leído claramente en vuestros ojos. Conque no hacía falta decirlo en voz alta.

—Lo único que necesitamos es un poco de comprensión, de apoyo moral en estas circunstancias, de optimismo…

—¿Puede quedar en un par de dólares todo eso? Sólo puedo ayudar con esa cantidad, y vive Dios que tendré que prescindir de la cena para pasaros esa pareja de dólares.

Jim agarró los dos dólares muy aprisa y, luego, añadió:

—Lo que queremos es sólo un trabajo, Marty.

—Aunque os parezca mentira, después del desastre del teatro, también yo ando a la caza de empleo, Jim.

—Eh, déjate de chistes macabros, Marty. Puedes conseguirnos algo en los espectáculos del parque de atracciones. Tú te dedicas a esas cosas.

Marty tenía las facciones torcidas por la pena.

—Escucha bien, Jim. Fui tan tonto que renuncié a representar a los dueños de los negocios de atracciones. Deseché la comisión de tres saloons ambulantes, y dos teatros que están de bote en bote en estos momentos en el parque de atracciones. ¿Y sabéis por qué?

—Dilo tú, Marty.

Marty parecía ir a llorar.

—Renuncié porque puse mi dinero en un teatro ambulante, en colaboración con dos tipos llamados Jim Miller y Troy Campbell.

—Nosotros.

—Sí, señor. Muy listo. Vosotros. Os había prestado mil dólares para levantar esa pantomima. Y todo porque un día, este gorilón llamado Troy Campbell me presentó un libreto hediondo, putrefacto, lacrimoso y risible, todo al mismo tiempo. Un libreto titulado *El hombre que vendió su alma por un harén.*

—No nos fue tan mal, Marty —replicó el grandullón Troy, molesto por los epítetos dirigidos a su obra.

Marty lo miró malignamente, pero se enfrentó con Jim Miller.

—Jim —dijo penosamente—. Yo supe de inmediato que aquella monstruosidad impresionaría a las sencillas gentes de estos pueblos del Oeste. Tú fuiste el primero en decirme que el libreto era la obra de un retrasado mental.

—Cierto, pero también los inteligentes se equivocan. —Carraspeó el joven Jim.

—Yo sabía que nos rendiría muchos dólares aquella carroña escénica. Conque por eso renuncié a todo y puse el cordero entero al asador. Por eso me jugué hasta el último centavo en la obra.

—Y hemos ganado dinero.

—Sí, Jim. Pero siempre dije que era demasiado riesgo jugar con fuego en el escenario.

Aquellos cohetes de humo para la aparición y la desaparición de Satán, los cambios bruscos de decorado con las explosiones y demás, me olieron a chamusquina desde el primer instante. Conque mira si me equivoqué en algo. Dije que el drama tendría éxito por la sencilla razón de que había sido creado por un cerebro tarado como el de este chimpancé, y mira si lo hubo. Dije que los juegos de humo y fuego nos darían el susto y mira si estuve errado.

Jim cabeceó.

—Sí, Marty. Acertaste en todo. Pero no es hora de llorar por la leche derramada.

—Es que, cuando me acuerdo de mis pobrecitos dólares perdidos, las lágrimas acuden a mis ojos. Conque perdona este llanto.

Jim carraspeó.

—Tengo que darte la buena noticia de que Troy acaba de empezar un drama fantástico titulado provisionalmente *Misterio en el verde follaje.*

—¡No! —gimoteó Marty.

—Bueno, no te alarmes, Marty. Quiero decirte que, si superamos este bache y ganamos algo de plata para sobrevivir, pronto tendremos un nuevo drama de Troy Campbell que hará estremecer a medio Oeste.

—Soy grande —suspiró Troy, endiosado.

Marty Lerman dio un respingo y abrió el cajón del escritorio.

Troy reculó por si sacaba el Derringer para ahuyentar acreedores.

Pero, todo lo que hizo Marty fue extraer un sucio bloc de notas.

—Veamos —gruñó—, sin convencimiento. —Tal vez tenga algo para trabajar…

Jim sonrió guiñando un ojo a Troy.

—¿Sí, Marty?

—Aquí está.

—Anda, suéltalo.

Marty alzó la mirada.

La clavó en el grandullón Troy Campbell.

—El trabajo es para Troy.

Troy pegó un brinco.

—Eh, Marty. Ya sabes que la parte interpretativa siempre ha sido cargo de Jim. ¿Te acuerdas como bordaba el papel de Satán?

—No se trata de ningún drama, muchachos.

Jim frunció el entrecejo.

—Explícate.

Marty señaló la libreta.

—Aquí tengo la ficha artística de vosotros dos.

—Ya.

—Y en la que Troy dice que trabajó de fakir allá por el sesenta y cinco, en San Francisco.

Troy se puso encarnado. Comenzó a toser.

—Eh, olvida eso. Lo de fakir fue antes de vender los parches contra los dolores de costado, reuma y enfriamientos… Es una mancha en mi historia artística.

—Tendrás que volver a hacer de fakir, Troy.

—No.

—Sí, muchacho. Según la ficha artística, se dice que tienes habilidad para tragar clavos, masticar objetos de vidrio y engullirlos. Además menciona que tienes cierta práctica con el tragado de sables…

—¡No haré ese trabajo!

Jim intervino, carraspeando:

—Eh, Marty. No hemos venido para que ofendas a Troy. Así que busca otra cosa.

—Sólo tengo este trabajo disponible. El fakir del barracón de Bart Shanon se puso enfermo repentinamente. Y lo más paradójico es que sufre infección intestinal a causa de un atracón de caracoles de monte. El solito despachó una olla de caracoles condimentados al estilo Tijuana, ya sabéis, con esa salsa picante que es un demonio.

Conque atrapó esas fiebres y el doctor dice que tiene para rato. Ésa es la situación. El dueño del barracón, Bart Shanon, anda loco buscando un sustituto. Troy Campbell es la persona ideal. ¿Lo toma o lo deja?

—¡Ni hablar! —estalló el grandullón Troy, lleno de santa indignación—. ¡No haré jamás de fakir!

—Aquí está el turbante que debe llevar —dijo Marty, y extrajo del cajón un envoltorio de paño. Retiró presto la mano como si temiera contaminarse—. También tengo un trabajito adicional para ti, Jim.

—¡Ah!. ¿Sí?

—Se trata de que vayas vestido de Satán al mismo barracón. Estarás al lado de Troy, el fakir, para dar carácter al asunto. Una luz roja os dará a los dos, y así quedará todo más redondo. Será como si las habilidades del fakir fueran cosa de Satanás.

—Tengo ganas de vaciar el estómago —dijo Troy—. Quiero vomitar.

Jim respiró con fuerza e intervino:

—Basta, amigos. Tú, Marty, ¿no se te cae la cara de vergüenza al ofrecernos esa carroña de trabajo? Mejor intentaré buscar trabajo como limpiador de establos…

—Hay diez dólares diarios para los dos —agregó Marty.

—… Prefiero trabajar en un establo. —Jim dio un respingo y se detuvo—: ¿Cómo has dicho?

Marty resolló fatigosamente.

—Dije que hay diez dólares para vosotros dos si tomáis ese trabajo. Amén de alguna propina de entre el público. Por ejemplo, el papá que dice: «Eh, señor fakir, ¿quiere masticar este pedazo de ladrillo para que lo vea mi nene?». Os podéis sacar un par de dólares extra.

Jim atrapó el turbante y lo clavó en la cabeza de Troy.

—Aceptamos. Y ya tardas en buscarme un traje de satán.

Y para dar mayor énfasis a sus palabras, Jim sacó del bolsillo los dos cuernos de diablo y empezó a ponérselos.

## CAPÍTULO III

El parque de atracciones cubría el amplio tramo que separaba las últimas casas de Pratter City de la explanada de rodeos.

Realmente, el parque en cuestión consistía en una especie de calle, eventualmente abierta, que en vez de edificios, tenía a derecha e izquierda una larga serie de pabellones de diversiones, tiovivos, barracas donde se exhibían las cosas más raras y sorprendentes, adivinadores del porvenir y juegos de azar. También se veían saloons ambulantes, puestos de refrescos y un tugurio llamado Los Misterios de Oriente, donde sólo se permitía la entrada a los mayores de veinticinco años. El boleto era carísimo. Pero el local estaba de bote en bote.

Junto al barracón de Los Misterios de Oriente se alzaba una desvencijada cabaña, donde el grandullón Troy Campbell hacía su numerito de fakir. La exhibición costaba diez centavos.

Troy Campbell, desnudo de cintura hacia arriba se estaba engullendo una copa de cristal, media libra de clavos torcidos y, para postre, una navaja de afeitar debidamente troceada.

Cuando hubo ingerido todo aquello, bostezó fanfarronamente, como si se quedara con hambre, y arrancó el entusiasmo del público que le brindó un cerrado aplauso.

El diablo, que estaba a su lado, rompió también a aplaudir y sonrió a los reunidos.

—Y ahora, damas y caballeros, han visto sólo una muestra de las maravillas del gran Rahamanata, el maestro de fakires. En el interior podrán admirar cómo el gran Rahamanata engulle de una sentada, un puñal, un sable y un revólver… Naturalmente, después de haber abierto el apetito con una doble ración de petróleo que arderá en su estomago como debe ser. También contemplarán otros

fenómenos del gran Rahamanata que les dejarán boquiabiertos. Pero será mejor que pasen por la taquilla antes de que nos veamos obligados a poner el cartelito de «No hay localidades». ¡Apresúrense, damas y caballeros! ¡Va a empezar la actuación del gran Rahamanata!

El público se agolpó en la ventanilla para comprar su boleto.

El mismo tipo de la ventanilla que, además era el dueño del negocio, sacó una mano por un agujero y sacudió una campana para impacientar al público.

Jim Miller se recogió la cola de diablo y avanzó por la plataforma hacia la parte de los más remolones del público y agregó:

—Como sesión especial, nuestro gran Rahamanata se atravesará con la espada sagrada.

Y también se colará en el cajón mágico, donde será debidamente troceado con una hacha de carnicero y luego… Ah, luego, damas y caballeros… Luego, ustedes verán lo más increíble. ¡Adquieran su boleto! Por favor Bart Shanon, no ponga todavía el cartel de «No quedan boletos». Aún hay público ansioso por contemplar al gran Rahamanata…

Los remolones se arrancaron acudiendo a la ventanilla y pagando a toda prisa sus diez centavos.

Troy bostezó con su enorme bocaza, como impaciente por engullir más objetos, aunque realmente estaba hambriento, y su estómago privilegiado necesitaba algo más sustancioso que hierro o cristal. Pollo, por ejemplo. Pero habría que esperar a la segunda recaudación para obtener la plata necesaria y comer algo como las personas.

Jim reía con estilo diabólico mientras regalaba las diez entradas —detalle de la casa— al niño más pequeño, al anciano de más años, al inspector del parque…

La última entrada la puso en manos de un tipo de cara malhumorada: el *sheriff*
O’Banion.

—¿Qué diablos? —Gruñó la autoridad de Pratter City, y tiró rabiosamente el boleto.

—¿No quiere ver el espectáculo, *sheriff*?
O’Banion

le clavó una mirada maligna.

—A quien quería ver es a usted, Miller.

—No me diga. Troy es quien se traga los clavos.

—No se haga el gracioso, Miller. Usted y yo hemos de tener una plática.

—¿Qué le pasa, autoridad? Me está mirando con los mismos ojos que examinan a los delincuentes. La última vez que nos vimos, usted me consideró un héroe por apagar el fuego tan a tiempo.

—Precisamente quería hablar del fuego.

—¿Sí, *sheriff*?

—Me juego las dos orejas a que el incendio no fue casual.

Jim se quedó mirando con fijeza al *sheriff*.

—No perdería las orejas, autoridad.

—De modo que está de acuerdo conmigo en que el fuego fue intencionado.

—Hubo una mano pecadora en el asunto del cohete de humo, *sheriff*.

—Continúe, Miller.

Jim suspiró.

—Parece como si alguien supiera que íbamos a disparar aquel cohete para el cambio de decoración. Y hubiera preparado el artefacto para que, en vez de humo, salieran llamas también.

—Lo que yo dije. Una especie de bomba incendiaria, en miniatura.

—Sí, *sheriff*. Pero que fue suficiente para que prendieran los decorados y para que yo lo cuente ahora de milagro.

—¿Y quién no me dice que usted y su gordo socio no están metidos en esto hasta el cuello?

Jim dio un respingo.

—Eh, *sheriff*, ¿por qué quiere meternos en un lío?

—No sé, Miller…

—No sabe, no sabe… ¿Cree que Troy y yo estamos tan locos como para pegarle fuego al teatro, precisamente cuando ganábamos cien dólares diarios?

—Cien dólares, ¿eh? Por lo que veo están en la inopia, ya que trabajan en este tugurio.

—Los gastos se nos llevaron todo el capital. Además, acabábamos de pagar a los decoradores. Todo el material era de

Troy y mío. ¿Se supone que debemos estar chiflados que esperemos a que el teatro sea nuestro para pegarle fuego?

Los ojos del *sheriff* eran dos chispas llenas de sospechas.

—Lo harían para despistar si ello les proporcionara algo más sustancioso.

—¿De qué habla, *sheriff*? ¿Se encuentra bien?

—Maldición, Miller. No estoy loco. Se cometió un delito justo cuando ardió el teatro.

—Ya —dijo Jim sarcástico—. Y por eso quiere relacionarnos con el asado, ¿eh? ¿Qué ocurrió?

—Soy yo el que pregunta, Miller.

—De acuerdo, suéltelo.

El *sheriff* entornó un ojo.

—¿Dónde están las Estrellas de la Noche?

—Arriba, cuando oscurece. Levante el pico y verá el cielo tachonado…

—¡Basta, Miller! Usted sabe demasiado que las Estrellas de la Noche son un juego de diamantes.

—¿Dia… qué?

—No se haga el loco, Miller. No se haga el demente o acabaré por enfermar. Debe haberlo leído en *El Globo de Pratter City*, nuestro periódico local.

—Nunca entretengo mis ocios en esas lecturas, *sheriff*. Me gusta más ojear las revistas de bañadores femeninos.

—Muy muy gracioso, sí, señor —enseñó los dientes el *sheriff*—. Ahora colóqueme otro chiste y sabrá quién es el *sheriff*
O'Banion.

—Bueno, *sheriff*, ¿quiere soltar de una vez lo que lleva en su venerable buche?

—El periódico local habló ayer de los visitantes de nuestra ciudad en estos días de fiestas. Mencionaba muy detalladamente la presencia del joyero de la capital Isaac Jorby en nuestra ciudad. Se decía que traía un surtido de joyas que serían el encanto de las damas encopetadas de Pratter City.

—Siga.

—Pues bien, se agregaba que, entre su valiosa colección, que estaría expuesta en el Club Ganadero, se hallaban las Estrellas de la Noche: —Los diamantes de marras.

—Media docena de gemas que valen una fortuna. Veinte mil; tal vez treinta mil Isaac Jorby hacía público que las pondría a disposición de sus encopetadas clientes y que se comprometía a montar joyas en la alhaja que le pidieran. Bueno, ya habían varias peticiones. Se iba a celebrar una subasta en el salón de actos del Club Ganadero, justo después del baile. ¿Y qué me dice que ha pasado?

—Prefiero que lo diga usted, *sheriff*.

—Pues que, justo cuando estalló el fuego en su condenado teatro, mis dos ayudantes y yo descuidamos la vigilancia de la exposición en él Club Ganadero para acudir al siniestro. Y las Estrellas de la Noche han desaparecido.

—Hola.

—Isaac Jorby recibió un castañazo justo detrás de la oreja y, cuando se despertó piando de dolor, ya las gemas habían volado.

Jim suspiró.

—*Sheriff* —dijo—. No me gusta nada lo que está pasando por su privilegiado cerebro.

—Tengo que sospechar de los relacionados con el incendio, Miller. Y ustedes fueron los protagonistas del siniestro. Estuvo todo muy cronometrado. La explosión e incendio del teatro y, justo entonces, el castañazo tras la oreja de Isaac Jorby, que se había quedado solo unos instantes.

—Se equivoca de dirección, *sheriff*.

El aludido apretó las quijadas.

—Les recomiendo que no abandonen la ciudad hasta que todo se haya aclarado, Miller.

Y le advierto que, si no obedecen, puedo prender a usted y a su socio el grandullón, por sospecha de robo. O sospecha de complicidad.

—Oiga, *sheriff*…

—A propósito, ¿qué se ha hecho del tipo que protagonizaba su drama nauseabundo, Miller?

—¿Se refiere a Duke Latimer, el que hacía de Filomeno?

—Sí, Miller.

—Desapareció en cuanto Troy le pagó sus veinte dólares por la actuación. Duke siempre fue un tipo muy hosco. Nunca simpatizó demasiado con Troy y conmigo. Pero ganaba bastante en el drama y

por eso trabajamos juntos.

—¿No tiene idea de dónde puede encontrarse el tal Duke?

—No, autoridad. Pero, a pesar de su mala cara, siempre lo consideramos Troy y yo un tipo honrado. Con que no creo que tenga nada que ver con el asunto de los pedruscos; de las gemas, quiero decir.

—Ya —gruñó el *sheriff* pensativamente—. No me gusta.

—¿El qué, *sheriff*?

—¿Qué va a ser, infiernos? No me gusta el asunto. Duke, Troy y tampoco usted, Miller.

Jim lo palmeó en el lomo.

—No sea tan mal pensado y todo lo verá más claro, autoridad.

—Váyase al infierno, Miller.

Jim carraspeó.

—Allá me iba —dijo recogiéndose la cola—. Debo regresar adentro del barracón. A propósito de gemas, *sheriff*. ¿Hay recompensa para el que las rescate?

—Naturalmente, habrá un diez por ciento. ¿Tiene alguna pista ahora que sabe lo de la recompensa?

Jim le guiñó un ojo.

—No sea tan suspicaz, *sheriff*. No sé nada del asunto, ni quiero meterme en él. Lo que más odia Troy en este mundo, es que yo meta las narices en un asunto de joyas, asesinatos o cosa parecida. Dice que siempre salimos con las manos vacías, y vivimos milagrosamente. Conque olvide mi colaboración, *sheriff*.

—¡Agh! —Hizo el *sheriff* pegando un manotazo y se alejó prestamente.

Jim sacudió la cabeza y sonrió.

Suspiró al escuchar el vocerío del público que reclamaba la presencia del fakir. Silbaban, batían palmas, cantaban.

Troy salió por un hueco.

—Eh, Jim. ¿Es que no piensas ayudarme en mi número? La gente quiere quemar el barracón si no damos pronto comienzo a la representación. Y Bart Shanon ya no sabe cómo contenerlos.

—Ya voy, Troy.

Jim se encaminó en pos de Troy por un estrecho corredor que daba al escenario.

De repente, alguien surgió de entre las sombras y trastabilló

entre Jim y Troy.

Jim agarró al hombre que se tambaleaba.

Dio un suspiro al reconocerlo.

—¡Duke!

Duke, el hombre que encarnaba el papel de Filomeno en el drama de Troy Campbell, se aferró con los dedos como garfios a la pechera de Jim.

Se le veía pálido como una vela, los ojos desorbitados y la respiración jadeante.

—Jim… Espera…

—¿Qué te pasa, Duke?

Duke hizo una mueca de dolor.

—Me atraparon… Me han dado…

—Eh, nadie te atrapó, Duke. Explícate.

—Ellos… Están ahí afuera.

Jim notó que la espalda de Duke estaba húmeda y, al retirar la mano, vio que era sangre.

—¿Quién ha sido, Duke?

—Ellos, Jim. ¡No tardarán en entrar!

Troy se acerco dando diente con diente.

—Dios mío, está chorreando sangre.

—¿Quieres cerrar el pico, Troy? —masculló Jim. Trató de sostener a Duke, que se arrugaba inexorablemente, herido de muerte—. ¿Quiénes son ellos, Duke?

Duke trató de hablar.

Pero un hilo de sangre apareció por la comisura de sus labios.

De pronto, se estremeció en un estertor y quedó flojamente entre los brazos de Jim.

Jim lo depositó en el suelo.

—Ábrele la mano derecha, Troy.

—Eh, está muerto. Y ya sabes el respeto que me causan los muertos.

—Haz lo que te digo.

Troy asintió, tragando saliva.

Abrió la mano de Duke y una pequeña bolsa de cuero rebotó en el suelo.

Troy soltó la mano del muerto, atrapó la bolsa y examinó su contenido.

—Infiernos —masculló—. Vaya mico. Ahora resulta que son trozos de cristal.

—Las Estrellas de la Noche, Troy.

—¿Eh?

—Diamantes que valen más de treinta mil dólares.

Troy comenzó a agrandar los ojos.

—Dime que me estás tomando el pelo, Jim. Dímelo, muchacho.

—Por desgracia, Duke estaba metido en este asunto y nos acaba de meter sin contar con nosotros.

—No. ¡No!

—Sí, Troy.

—Si más bien parece azúcar cristalizado, como el que yo me trago fingiendo que es vidrio roto.

Jim chascó los dedos.

—Eh, tengo una idea.

—Ya toco madera, Jim.

—Trágate esos diamantes.

—¿Cómo?

—Que te engullas las piedras preciosas. Anda, antes de que sea tarde.

Troy empezó a protestar.

—No ofrece ninguna dificultad para mí, pero…

—Vamos, Troy —dijo Jim ahora mirando por un intersticio de las maderas del barracón—. Se acerca alguien.

Troy se llevó las piedras preciosas a la boca y las tragó.

—Dicho y hecho… Dios santo, presumo que vamos a tener serias dificultades.

—Ahora, pon en la bolsa de cuero ese azúcar en cristal que tienes en los bolsillos. Seis trozos exactamente.

Troy hizo lo que su amigo le decía, aunque no acababa de comprender el tejemaneje.

Jim atrapó la bolsa con el cambiazo de cristales, los de azúcar por los de diamante, y la puso en la mano del muerto.

Lo hizo muy a tiempo, porque justo en aquel instante irrumpieron dos tipos en el corredor.

Iban armados de sendos revólveres.

El más alto amartilló el arma y dijo:

—Llegamos a tiempo, Alk.

—Sí, Stan —respondió el regordete acompañante del alto.

Stan, el alto, sonrió al tipo disfrazado de diablo.

—Dispense, señor Satán. Pero tenemos que detener a este pájaro.

Jim carraspeó.

—De modo que ustedes son autoridades, ¿eh?

—Justo —replicó Stan—. Del Cuartel de Rurales. Seguimos a este cuatrero hasta el parque de atracciones y conseguimos cazarlo.

Jim sintió náuseas por la falta de imaginación de la pareja de asesinos.

Pero, como ambos portaban una artillería muy aseada, no quiso entrar en discusiones.

—Bueno, suyo es, señores.

Stan sonrió. Miró a su compinche, el regordete.

—¿Vamos, Alk?

—Ajá.

El regordete se inclinó para recoger el cadáver de Duke.

Se lo llevó hacia la puerta.

Jim dijo:

—Dispensen si nos vamos sin comentarios. Pero es que el público nos espera.

El alto ya había cazado la pequeña bolsa de cuero y la sopesaba muy contento.

Sonrió con unos dientes que parecían de lobo.

—No se preocupen, amigos. El diablo se marcha cuando quiere.

El regordete encontró el miserable chiste de buena calidad, y lo rió estruendosamente.

Jim y Troy recularon hacia la parte del escenario.

Los dos asesinos se retiraron sin dejar de apuntar al diablo y al fakir.

Cuando los asesinos salieron, Jim fue a ir en pos de ellos.

Pero, al escuchar la rechifla del local, empujó a Troy hacia el escenario para que hiciera su número.

Y Troy dio comienzo a la representación, tan envarado como si llevara un sable en el buche.

Se debía a que no se acostumbraba a la idea de llevar treinta mil dólares en el esófago.

# CAPÍTULO IV

Stan y Alk, los dos asesinos, se aproximaron a la puerta de servicio del rancho de lujo del más destacado prohombre de la ciudad.

Stan empujó el mondadientes que masticaba desde hacía rato y sonrió.

—Da gusto trabajar para un tipo importante, ¿eh, Alk?

El regordete Alk sacudió la cabeza riendo entre dientes.

—Ya lo puedes decir, Stan. Nuestros últimos clientes han sido todos tipos de la crema.

El mes pasado trabajamos para el alcalde de Cuervo City. Hace quince días fue el dueño de los mataderos Ronston. Y ahora se nos presenta esta faena para el gran Geoffrey Lee, el mejor ranchero del condado. Lo que no acabo de comprender es por qué tipos adinerados como Geoffrey Lee se ensucian las manos en un asunto de robo de diamantes.

¿No tiene gracia, Stan?

Stan rió a coro con su compinche.

Sin embargo, riendo, le soltó un trallazo en el mentón.

Alk rodó por los suelos con gran facilidad, dado que su cuerpo era casi una bola.

Cuando se detuvo justo en los barrotes de la verja de hierro, se llevó la mano a la cara y exclamó:

—¿Qué mal hice ahora, Stan? ¿Qué he dicho que sea inconveniente?

Stan tenía ahora el rostro convertido en algo parecido a una máscara de piedra.

—No tienes que mencionar en voz alta si el señor Lee roba joyas o no. Y menos hacerte preguntas de por qué lo hace. No comprendes por qué se interesa por las piedras, ¿eh?

Pues bien, tú no puedes comprenderlo, ¿entendido? No debes comprenderlo. Conque métete bien en ese adoquín que tu madre te dio por cabeza, que no debes especular sobre esa cuestión. Lo tuyo es hacer lo que te dice el cliente. ¿Y quién es nuestro cliente?

—Geoffrey Lee —cacareó muy aprisa el regordete Alk—. El tipo más importante de Pratter City.

—Premio.

Alk asintió.

—De acuerdo, Stan. Nada de cavilaciones. Nada de pensar. No debo pensar, no puedo pensar. Soy una máquina cuya misión es apretar el gatillo. ¿Estás contento, Stan?

Éste lo miró ceñudo y por fin emitió un gruñido.

—Ahora vamos a rendir cuentas al señor Lee.

Alk cabeceó, y tras sacudirse el polvo de los pantalones recogido en la caída, entró en la casa en pos de Stan.

Pasaron por delante de unos cuantos peones del señor Lee y luego llegaron al patio interior. Ya uno de los peones se había adelantado para anunciarles al señor Lee.

Geoffrey Lee se hallaba bajo una sombrilla, justo al lado de la enorme piscina.

Era un hombrón de unos cuarenta y dos años, moreno, de negro y ancho bigote, hombros recios y algo cabezón, pero se le podía perdonar porque tenía el cabello rizado, nada canoso.

Iba cubierto con un bañador que le dejaba el enorme torso al descubierto, quedando patente que bajo su enorme humanidad no había mucha grasa y sí mucho músculo.

Al otro lado de la mesa, protegida por la sombrilla, se sentaba un tipo que daba asco verlo, en contraste con Geoffrey Lee.

El tipejo frisaría los cuarenta, pero apenas tenía pelo y, para postre, se lo había engomado. Tenía los hombros picudos y, como también iba en bañador, no podía ocultar su abdomen prominente que dañaba a la vista. Cruzó unas piernas como alambres, contempló a los dos recién llegados y dijo a Geoffrey Lee:

—¿Son estos dos hombres, señor Lee?

El rostro cerduno de Geoffrey Lee tenía una expresión de ansiedad que pasó a ser de satisfacción cuando Stan le indicó con un cabezazo «que todo había ido bien».

—Sí, Harold. Estos pajarines son los de marras.

—¿Traen los diamantes?

Geoffrey rompió a reír haciendo guiños.

Se dirigió al alto Stan.

—¿Qué te parece, muchacho? Pregunta si traéis los diamantes. Anda, ciérrale la boca enseñándole el botín.

Stan gruñó satisfecho y, tras rebuscarse en el bolsillo del pantalón, depositó la pequeña bolsa de cuero en la mesa de campo.

La manaza de Geoffrey se adelantó a la del tipejo Harold y agarró el botín.

Abrió la pequeña bolsa y su ojo derecho inspeccionó el interior.

—Parece que tengan luz propia —dijo, rebosando satisfacción.

Harold cabeceó.

—Las Estrellas de la Noche son la mejor colección de diamantes de la media docena que tiene ese viejo legañoso de Isaac Jorby, el joyero.

—Que «tenía» —recalcó Geoffrey soltando la carcajada—. Ahora las Estrellas de la Noche son de un tipo que las merece. Mías.

—Y pronto serán para mí —replicó Harold, y sus ojillos de lechuza se clavaron en la bolsa, sin poder disimular su codicia.

—Depende si nos ponemos de acuerdo en el intercambio, Harold.

—Nos pusimos la otra vez con el asunto de los rubíes, ¿no?

—No, Harold. Usted me engañó como a un chino. Por veinte mil dólares en rubíes me pagó sólo ocho mil. Conque no se haga ahora ilusiones de robarme descaradamente.

—Hombre, sí que está bien que usted hable de robar, señor Lee.

Geoffrey Lee se puso serio.

—Jamás robé nada a nadie.

—No, ¿eh?

Geoffrey respiró pacientemente.

—Aunque usted crea que esta clase de negocios son vulgares, debo contradecirle, Harold. Para conseguir estas bicocas hace falta cavilar más que un ingeniero. Sí, Harold.

Preparo mis golpes con la misma precisión de un relojero. Si no, vea este asuntejo de las Estrellas de la Noche que me han servido en mi propia ciudad. Los diamantes estaban custodiados por los ayudantes del *sheriff*
O'Banion,

que ya sabe que es todo un perro de caza. Pues bien, a pesar de todo el cartel del *sheriff*
O'Banion,
yo me las ingenié para darle la sorpresa. Puse en juego una serie de trucos que dieron como resultado que uno de mis muchachos, el más infeliz, se colara en el Club Ganadero, le pegara un sartenazo al joyero Isaac Jorby y acarreara con las gemas como si tal cosa.

—No se olvide de mencionarnos a nosotros en la faena, señor Lee —dijo el alto Stan.

—Oh, sí —sonrió Geoffrey—. Ocurrió que uno de los tipos que estaba en la combinación, un actorzuelo de la legua al que pagué doscientos dólares para que incendiara el teatro, le quito los diamantes al infeliz de mi empleado cuando establecieron contacto. Conque el actor se disfrazó de mendigo y trató de escapar con el botín. Pero he aquí, estos dos muchachos, que son como dos mastines para olerse un rastro, se ganaron quinientos dólares porque le dieron caza y recobraron los diamantes…

A propósito, Stan. ¿Qué fue de Duke Latimer?

Stan puso una extraña cara de inocencia.

—Pero ¿hubo alguna vez un tal Duke Latimer?

Geoffrey soltó la carcajada porque le chocó mucho la respuesta.

Miró a Harold y explicó para que estuviera al corriente:

—Por si no lo sabe, Harold, estos chicos se llaman los Mastines.

Harold dio un respingo.

—Creo que oí hablar de ellos como dos peligrosos asesinos.

—Ni hablar, Harold —dijo Geoffrey irónico—. Se llaman los Mastines porque entierran inmediatamente los huesos de sus víctimas y así nunca se puede establecer el *prima facie*, que en el lenguaje de los jueces quiere decir «el fiambre». O sea que, como no encuentran a las víctimas porque están bajo tierra, nunca han sido acusados de asesinato, ¿eh, chicos?

Harold les miró con respeto.

—Cuando salgáis de aquí tengo que hablar con vosotros, para encargaros un par de trabajos.

Stan asintió.

—Le pondremos el mismo precio que al señor Lee, porque son amigos: quinientos dólares por cadáver, con descuento de cien dólares por cada cinco muertos.

—Es razonable —asintió Harold.

Geoffrey guiñó un ojo a los dos muchachos. Luego miró a Harold.

—Veamos en cuánto fijamos el precio de las Estrellas de la Noche, Harold.

—Veinticinco de los grandes, Geoffrey Lee.

Geoffrey arrugó la cara, reproduciendo el gesto de un perro de presa.

—¿Qué broma es ésa, Harold?

—No es broma.

—Entonces, está loco.

—No estoy loco, señor Lee.

—Entonces es que no se ha puesto debajo de esta sombrilla como le dije y pescó la insolación. Por eso chamullea cosas raras.

—No estoy delirando, señor Lee.

La ira pareció corroer a Geoffrey y sus potentes músculos se destacaron bajo su bronceada piel.

—Maldición… ¿Es que quiere estafarme como en el asunto de los rubíes, o el de la Emperatriz, o en…?

—No, señor Lee. No puedo ofrecer más de veinticinco mil y no olvide que cualquier comprador que no fuera yo le escupiría veinte como máximo.

—Usted es un bastardo, Harold.

—Eh, sin ofender.

—Un caradura, un aprovechado…

—Por favor, señor Lee.

—Lo que dije hace un rato. No hay moral. No hay vergüenza. No existe la honradez.

—¿Adónde vamos a parar? —suspiró sarcástico Harold.

—Muy bien, mire los diamantes, porque aún no le ha dado el brillo en los ojos. Y luego haga una postura decente o juro que le hago un collar a Claude antes que vendérselos a un bastardo reducidor de joyas llamado Harold Halden.

—Ande —suspiró Harold—. Saque esos cochinos pedruscos.

Geoffrey le tiró la minúscula bolsa de cuero, que fue atrapada hábilmente por Halden.

Harold vació el contenido de la bolsa en el hueco de la otra mano y contempló en silencio los seis irregulares cristales.

Se llevó uno a la lengua, lo lamió, chasqueó la lengua otra vez.

Los demás lo observaban con respeto, porque sabían que era el tipo más entendido en joyas de todo el estado.

A continuación, Harold se sirvió un café de la cafetera, tiró dentro los seis diamantes removió con la cucharilla la infusión.

Y ante la perplejidad de todos, se bebió el café.

Dejó la taza y dijo:

—Éste es mi precio —y tiró una moneda de diez centavos sobre la mesa.

Geoffrey pestañeó estupefacto.

Pero de repente lanzó una carcajada y exclamó:

—¡Muy bueno! ¡Ha sido una estupenda broma, Harold!

Siguió riendo.

Halden le miró más serio que si hubiera perdido a su padre.

Por fin, entreabrió los labios y agregó:

—Mire la taza, señor Lee.

Geoffrey Lee reía sin parar y se abocó para mirar la taza.

Al ver solo unas pocas partículas de café en el fondo de la taza, cesó de reír en seco como si le hubieran propinado un mazazo.

—Infiernos.

—¿Qué le parece, señor Lee?

—¿Dónde están los diamantes, Harold?

—Me los bebí.

Geoffrey sacudió la cabeza alelado.

—Maldita sea, ¿qué clase de broma me está gastando, Harold? Le juro que ya se me acaba el aguante. Escupa los diamantes de entre las encías.

—Nada de encías, señor Lee. Ni tampoco bajo la lengua.

—¿Eh? —Parpadeó Geoffrey y se asomó a la boca de Harold, ahora abierta—. ¡Se los engulló, infiernos!, ¿es eso?

Harold sacudió la cabeza pesarosamente.

—Esos diamantes sólo eran pedazos de azúcar vitrificada.

Geoffrey no dijo nada. No podía hablar, porque tenía la lengua pegada al velo del paladar.

Harold miró a la pareja de asesinos denominados los Mastines.

—Estos mastines le han resultado una vulgar pareja de «foxterrier».

—Siga hablando, Harold. Yo no puedo.

—Está claro, señor Lee. A esta pareja de tarugos les han tomado el pelo.

—No puede ser. ¡No puede ser!

—Tan cierto como perdí a mi madre en la epidemia de tifus del sesenta y seis.

Geoffrey miró con ojos enloquecidos a Stan y Alk.

—¿Qué decís vosotros?

—Demonios, no conseguimos entender el asuntejo…

—¡Duke Latimer os engañó como a chinos antes de morir! ¡Y lo peor es que está muerto y no puede decir dónde puso los diamantes después de pegar el cambiazo!

Stan sufrió un tic nervioso en el pómulo.

—No… No es posible…

Geoffrey se puso en pie jadeando como si le faltara el aire.

—¿Qué han hecho, desgraciados? —chilló.

Stan reculó lentamente.

—Eh, no se ponga así…

—¡Que no me ponga así! ¡Se esfuman veinticinco mil dólares en diamantes y el chico me dice que no me ponga así! —Movió la cabeza de un lado a otro en demanda de sus peones—. ¡Muchachos! ¡Asen a balazo limpio a estos dos puercos! ¡Mátenlos ahora mismo!

Pronto dos sujetos salieron corriendo del interior de la casa con los rifles en ristre, sin saber exactamente qué pasaba.

Stan los vio acercarse y movió la derecha imperceptiblemente.

Sin embargo, se notaron los efectos, porque el patio se llenó de estampidos.

Los dos tipos que salían dispuestos a darle al gatillo recibieron el plomo de Stan en mal sitio y se derrumbaron como un par de muñecos sueltos de sus mecanismos de sujeción.

Stan conservó el humeante revólver en la mano y durante aquellos segundos fue realmente el dueño de la situación, quedando envuelto en una ola de respeto.

Apuntó a Geoffrey Lee descuidadamente.

—Atienda, señor Lee —dijo fatigoso—. No me ha gustado ni pizca su reacción. No, señor.

Conque si nos hace una faena como la que acaba de hacernos, juro que no tendré miramientos con usted.

—¡Condenación! —rugió Geoffrey—. ¿Cómo aguanto yo tanto

descaro?

—Usted aguanta, porque yo tengo este Colt en la mano, señor Lee.

—¡Tus horas están contadas, Stan! ¡Conque trata de explicarte muy aprisa!

—Le diré lo que pienso que pasó —dijo Stan.

Y, a continuación, relató cómo atraparon a Duke y dónde lo mataron. Habló también de su contacto con el fakir y el Diablo. Finalmente acabó diciendo que Alk había alcanzado a ver al grandullón fakir que se metía algo en la boca muy precipitadamente, justo cuando ellos, Stan y Alk, llegaban al corredor del barracón donde murió Duke Latimer.

Stan agregó:

—Y ahora saque consecuencias.

Geoffrey era la máscara de la sorpresa.

—¡Condenación! ¡Eso quiere decir que, efectivamente, esos diamantes han sido tragados! ¡No ha sido todo mera coincidencia!

—No, señor Lee —asintió Stan—. El fakir estaba en el ajo con su amigo el Diablo y alcanzaron a hablar con Duke. Así debió ocurrir. Y el fakir se guardó las gemas en el estómago.

—¡Maldición! —aulló Geoffrey, entre entusiasmado por la nueva esperanza que,, ofrecía la recuperación de las joyas, y lleno de impaciencia por la pasividad de Stan—. ¿Qué diablos hacéis aquí todavía?

—Estamos esperando que nos preste un instrumento adecuado para recuperar los diamantes. No queremos comprarlo por ahí para no despertar sospechas.

Geoffrey pestañeó.

—¿Qué instrumento, Stan?

—Un cuchillo de carnicero.

## Capítulo V

Troy Campbell se pegó una fuerte palmada en el estómago y lanzó una carcajada.

—Eh, Jim. Tiene gracia todo esto.

Jim regresaba contando unos billetes que le había pedido al dueño del barracón.

—¿Sí, Troy?

—¿Te figuras la cara que pondrían estos tipos si supieran que los diamantes están aquí?

—Pondrían cara de hiena.

Troy siguió riendo y, de repente, deformó la risa en un chillido de espanto.

—¡Repite eso!

—Estos pájaros te harían la autopsia estando de pie.

Troy palideció.

—Dios santo, Jim… No me había dado cuenta de la situación.

—Tranquilízate, Troy. Nadie sabe que los diamantes los llevas tú.

—Creo que tengo indigestión, Jim. Me estoy poniendo muy malito.

—Calma, Troy, calma…

—¿No sería mejor soltarle el carrete al *sheriff* y ponerle en antecedentes, Jim? Después de todo, él te ha comunicado la desaparición de los diamantes y aseguró que habría prima de devolución para el que los encontrara.

—¿Y quién no me dice que el *sheriff* no es el jefe de la banda?

Troy se quedó boquiabierto.

—¿Tú crees que el viejo sabueso?

—Es sólo una suposición. Por eso no debemos entregar las

gemas al representante de la ley hasta que me cerciore que es trigo limpio.

—Demonios, Jim. Eres el tipo con el cerebro más retorcido que conozco.

En aquel momento entró Bart Shanon, el dueño del barracón.

Era el tipejo de cara de lechuza, bajo como un tapón, que fumaba un veguero maloliente a toda hora.

Vestía una levita a cuadros y un sombrero mugroso de copa alta que lo asemejaba a un tahúr.

—Eh, muchachos. Estamos haciendo el agosto.

Jim se volvió.

—Tendrás que apoquinar veinte dólares diarios o Troy y yo nos rajamos.

—¡No podéis chantajearme, Jim! —gimoteó Bart.

—O veinte morlacos por nuestras actuaciones diarias, o nos ponemos a vender limonadas dentro de un rato.

Bart se encasquetó rabiosamente el sombrero de copa alta.

—Concedido, maldita sea… Y ahora hacedme el favor de salir a escena. Ya tengo vendidas todas las localidades.

—Suéltame un anticipo de cincuenta dólares o no hay teatro.

Bart emitió un largo gemido de dolor.

Por fin, soltando maldiciones, juramentos y demás, se rascó el bolsillo y traspasó el dinero a Jim Miller.

—¿Por qué se pondría enfermo mi fakir de plantilla, Dios santo? —sollozó.

—Porque el cielo te ha castigado por tacaño. Y ahora no repliques a Troy ni a mí, pediremos una participación en los beneficios.

—¡Salid a escena de una vez, infiernos!

Jim gruñó y añadió un gesto hacia Troy, quien se cruzó de brazos al estilo de los fakires, alzó la cabeza y salió hacia el corredor que conducía al pequeño escenario.

Troy realizó unos complicados ejercicios de fakir que dejó embobado al público. Tragó clavos, una espada de doble filo y, para finalizar, se atravesó el brazo a la altura del bíceps con un puñal, sin derramar una gota de sangre.

El público aulló a rabiar de entusiasmo y Troy desapareció por el foro, dando por finalizada la primera parte.

En el entreacto, Bart Shanon había organizado una rifa de un pavo, una caja de puros y un pañuelo para el cuello repartidos entre el primer premio, el segundo y tercero, respectivamente.

Troy aprovechó el entreacto para desembuchar los clavos y demás objetos de mayor tamaño en el cuartucho que les servía de camerino. Mientras, Jim le preparaba los trucos del segundo acto.

De repente, la puerta del camerino se abrió, dando paso a una hermosa mujer.

—¿Me pueden ayudar? —inquirió.

Jim la miró de arriba abajo, comprobando que estaba de lo más rica. Tenía la cintura muy estrecha, el busto saliente y las caderas al estilo ánfora griega. Además su rostro era lindo, de perfecto óvalo, enmarcado por un bello pelo negro como la seda.

—¿No me oyeron? Les pregunté si me pueden ayudar.

—Claro que necesita ayuda. Lo que no sé es cómo ha podido con tanto usted sólita.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—No me venga con gansadas, señor Miller.

—Ah, me conoce.

—Usted era el que trabajaba en aquel teatro que se pegó fuego.

—Sí, preciosa.

—Mi nombre es Betty Burns.

—Encantado.

—Bueno, ¿pueden echarme un cable o qué?

—¿Qué clase de cable?

—Necesito que me hagan desaparecer.

—Ah, ya. Usted sabe que los fakires meten a una chica en un cajón, dan un par de pases y ella se esfuma en el aire.

—Bueno, yo…

—Lo siento, monada. No trabajamos ese número.

Betty lanzó una ojeada furtiva por el hueco de la puerta.

—Tal vez puedan indicarme un rincón en esta cabaña donde no me encuentren.

—¿Quiénes?

Betty hizo un gesto de impaciencia.

—Es muy largo de contar y ustedes tendrán que actuar.

—Sí, preciosa. Tenemos que hacer la segunda parte del número.

—En ese caso, dígame donde puedo ocultarme. ¿Hay aquí algún

armario?

Troy y Jim cambiaron una mirada de perplejidad.

Jim chasqueó la lengua.

—Eh, Betty, ¿qué es lo que quieren esos tipos de usted?

—Atraparme.

—Ya. Pero tiene que ser más explícita.

—Estarán aquí dentro de un minuto.

—Demonios, nos han tomado por los protectores de los desvalidos. Primero Duke Latimer, y ahora la chica…

En eso, Troy dio un resoplido de fastidio.

Jim le dio un codazo para que no abriera el pico más de la cuenta sobre el asunto del difunto Duke.

Miró a la belleza.

—Bien, aquí detrás está el vestuario. Realmente es un armario de dos por dos. Pero le servirá para ocultarse, mientras hacemos los números. Luego, ya nos pondrá al corriente.

El rostro de Betty resplandeció de alivio.

—Oh, señor Miller, es usted un sol.

—Oye, nena. Yo no vivo de piropos.

—Si me ayuda a escapar de esa gente, luego le daré…, pongamos un beso.

—¿Nada más?

Betty le miró con fijeza.

—Soy una chica honrada. Conque si piensa chantajearme, se quedará sin beso y sin poder ayudar a una dama.

—Nadie quería ofenderla, Betty. Andando al vestuario.

—Gracias. —Betty sonrió y se coló en el cuartucho.

Se oyó que aseguraba el cerrojo por dentro.

Justo entonces, por la entrada del corredor, asomaron dos sujetos malcarados.

El más forzudo señaló al Diablo.

—Eh, tú. ¿Dónde está la chica?

Jim miró con inocencia a las paredes.

—¿Qué chica?

El forzudo arrugó la cara con fastidio.

—Mi nombre es Jack *el Degollador*. Conque sí té dice algo ese nombre, será mejor que hables. O el gordo fakir.

Troy emitió un peligroso gruñido:

—¿Quién es el gordo fakir, mulo loco?

—Tú. Y por faltarme al respeto, te voy a hacer tragar los dientes como te tragas los clavos.

—¿Tú y cuántos más? —dijo Troy retador.

Jim alzó los brazos.

—Calma, caballeros. Los visitantes buscan a una mujer. Todos buscamos una. Yo, por ejemplo, persigo a una millonaria. Pero nunca la encuentro. Bien, amigos. Vayan al lavabo de la entrada y remójense las cabezas. Luego verán las cosas claras.

Los dos tipos se quedaron de muestra ante la perorata de Jim.

El compinche de Jack, un tipo de ancha caja torácica, pestañeó.

—Nos están tomando el pelo, Jack. Conque habrá que darles el tratamiento.

Jack suspiró:

—Será una lástima, porque ya no podrán actuar y habrá que devolver las localidades.

¡Bien!

Y Jack disparó un gancho para atrapar a Jim.

Éste dio vuelta en redondo, esquivando el golpe, y la inercia hizo que su rabo de diablo pegara en la boca de Jack.

—¡Maldición! —rugió Jack.

Y a partir de aquel momento ocurrieron cosas muy confusas.

Las dos parejas entrechocaron y la pelea estalló de un modo ensordecedor.

Jim recibió un directo en el pómulo y estuvo a punto de no contarlo, porque, apenas se rehacía, Jack cayó sobre él para aplastarlo con las botas.

Jim atrapó una de las botazas al vuelo, la retorció y Jack se venció al suelo ruidosamente.

Jim se incorporó y esperó a que Jack lo hiciera también.

Cuando Jack quedó en pie, Jim le pegó sin misericordia en el mentón.

Jack se llevó una sorpresa, porque jamás había conocido tanta dinamita en un puño corriente.

Abandonó el suelo, salió por una estrecha claraboya del barracón y ya no se supo más de él.

En cuanto a Troy, estaba ahora con los brazos cruzados.

Jim sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿Dónde está el otro pájaro, Troy?

Troy sonrió con suficiencia.

—Lo hice desaparecer con el truco número doce. «Incrustación en el cajón con doble fondo».

Y, levantando la tapadera de un baúl, mostró a Jim el tipo enrollado como una serpiente, perdido el conocimiento.

Jim gruñó aprobatoriamente, ladeó el baúl y lo vació en la salida trasera del barracón, donde se lanzaban los desperdicios.

Luego cerró la puerta y se sacudió las manos.

Pero, cuando iba a acercarse a la puerta, escuchó la protesta del público, porque se tardaba en empezar el segundo acto.

Troy lo agarró por el brazo y, quieras o no, tuvo que salir a escena.

—¡Ahora, damas y caballeros! —anunció—. ¡Van a ver al gran Rahamanata someterse al cajón de la guillotina! ¡El fakir será troceado dentro de la caja y luego…! ¡Vean, damas y caballeros!

Bart Shanon hizo sonar un organillo de manivela para hacer sonar música de fondo.

El grandullón Troy hizo varias reverencias y se tendió en una plataforma que se convertía a su tiempo en el fondo del cajón mágico.

Jim pareció más rojo al recibir la luz carmesí del escenario y resultó realmente fantástico cuando empezó a colocar las paredes y el techo del cajón, donde Troy tenía que quedar encerrado para someterse al experimento.

Cuando Troy estuvo encerrado, Jim atrapó una espada curva de tipo oriental, la blandió para mostrarla al público y exclamó:

—¡No, damas y caballeros! ¡No voy a hacer lo que están pensando! Cualquier ser vivo quedaría reducido a rebanadas sí yo metiera el alfanje por estos intersticios del cajón que ocupa el gran Rahamanata. Naturalmente, que no puede ser…

Se interrumpió cuando Troy golpeó desde dentro del cajón.

Jim acercó la oreja al cajón y preguntó:

—¿Ocurre algo, gran Rahamanata?

—¡Corta! —Se escuchó la voz de Troy como dentro de un ataúd.

Jim emitió un respingo de sorpresa y miró al público con los ojos muy abiertos.

—¡Damas y caballeros! ¿Oyeron lo mismo que yo? ¡El gran

Rahamanata dice que corte!

¿Debo hacerlo? ¡Oh, indecisión humana! ¡Yo creo en los poderes sobrenaturales que el gran Rahamanata posee! ¿Pero podrá someterse a la acción del cuchillo? Oh no, no puedo hacer la prueba… No puedo… ¡No y mil veces no! ¡No lo haré! Me falta valor.

—Que lo haga, que lo haga, que lo haga —canturreaba un sector del público que sabía que todo aquello era pura comedia para impresionar a los incautos de los pueblos de alrededor.

Jim sacudía la cabeza negativamente.

Y en eso, alguien metió la pata y dijo:

—Yo lo haré, míster. Yo lo haré por usted.

Hubo un silencio de parte del público.

Jim dirigió la cabeza hacia los laterales y los vio.

Eran los dos tipos que se cargaron a Duke Latimer.

Los dos tipos se habían puesto en pie y sonreían a los que ahora premiaban su intervención con un aplauso.

Jim los miró ceñudamente.

—Esta espada es mágica, amigos. Y les quemaría las manos si la empuñaran.

El alto Stan rió guiñando los ojos a los que le jaleaban y dijo:

—No hace falta que empuñemos ese espadón de hojalata que se dobla como el papel, míster Satán. Llevamos nuestro arreglo.

Y mostró un cuchillo de más de dos palmos de hoja, de los empleados para seccionar reses en los mataderos.

Muchos del público rompieron a reír, y hasta batieron palmas al tipo de cuchillo.

Stan les correspondía con sonrisas, reverencias y guiños de ojos.

Jim carraspeó.

—Lamento mucho…

—No tiene nada que lamentar —interrumpió Stan, irónico—. Yo me encargo de que el gordo quede debidamente troceado. Sin trampa, ¿eh, señores?

Los que querían sangre aullaban entusiasmados. Algunos creían que el tipo del cuchillo estaba en combinación con los del escenario.

Stan saltó al escenario, seguido del regordete Alk.

Éste enseñó un revólver a Jim Miller y dijo en voz baja:

—Déjenos hacer o lo asamos, pollo.

Jim retrocedió preventivamente.

En eso, Stan blandió el cuchillo al aire y gritó riendo:

—A la salud de ustedes, amigos.

Se produjo un cerrado aplauso.

Y Stan comenzó a dejar caer la hoja partiendo el cajón donde estaba metido Troy Campbell, alias el gran Rahamanata.

# CAPÍTULO VI

Troy emitió un espantoso chillido dentro del cajón cuando Stan dio el primer tajo.

Stan siguió dando tajos al cajón y lo convirtió en cuatro enormes rebanadas.

Jim rugió:

—¿Qué han hecho, locos?

Y mientras sonaban los primeros aplausos, Jim separó las dos últimas porciones de cajón destinadas al cuerpo y las envió, gracias a las pequeñas ruedas, por el foro.

Luego se acercó al único cajón, abrió una tapadera lateral.

Todos se quedaron helados de espanto.

En el cajón que había quedado en el escenario había una cabeza: la cabeza del gran Rahamanata.

Tenía los ojos cerrados y asomaba un trozo de lengua por la comisura.

Stan reía dando codazos a su compinche.

En ésas, Jim metió las manos en el cajón, sacó la cabeza del fakir y la tiró hacia Stan y Alk.

Los dos tipos aullaron a un tiempo y se apartaron para esquivar «aquello».

La cabeza rebotó sordamente en el suelo y quedó junto a las candilejas.

Los ojos de todos estaban clavados en el cráneo del fakir.

—Damas y caballeros —dijo lúgubremente—. Lamento que la intervención de estos dos desmanotados haya causado este estropicio en la venerable persona del gran Rahamanata. ¿Qué opinas tú, cabecita loca? —dijo y se agachó dando unos golpes a la desprendida cabeza del fakir.

Entonces, «aquello» abrió los ojos y la boca y dijo:

—Yo estoy muy enfadado. Y en cuanto pueda, me uniré al cuerpo otra vez para echarles abajo los dientes a esa pareja de bastardos.

—Bien hecho —asintió Jim—. Vámonos, cabeza venerable.

Y sin pestañear, agarró la cabeza del gran Rahamanata, se la puso bajo el brazo y se dirigió al foro derecho.

Antes de que desapareciera, el barracón estalló en un aplauso general.

Los rugidos de entusiasmo se prodigaron durante buen rato.

Jim hizo caso omiso, mientras estaba en el lado derecho del escenario, ya fuera de las miradas del público.

Entró en el cuarto de los aparatos de magia y vio a Troy paseando muy excitado de un lado a otro.

—¡Jim! —exclamó—. ¡Eran ellos!

Jim tiró la cabeza de goma dentro de un baúl, y, cuando chocó allí dentro, el resorte que abría los ojos y la boca le prestó una expresión desencajada.

—Estuvieron a punto de desmayarse cuando vieron que les tiraba esto encima. Nadie notó que es de goma y que apenas se te parece.

—¡Y yo estuve a punto de no contarlo dentro del cajón, Jim! ¿Ves este trasquilón que tengo en el cogote?

—Deberías cambiar de peluquero, Troy.

—Vete al infierno, Jim. Este pelado me lo hizo el cuchillo de ese bastardo. No se cómo pude esquivarle.

—Gracias al truco del doble fondo.

Troy paseó nerviosamente de un lado a otro del cubículo.

—Estos tipos quieren abrirme en canal. Les veo las intenciones.

—Por ahora ya tienen bastante… Hasta que me ocupe de ellos.

—No, Jim. Ya denunciaste al *sheriff* el asesinato de Duke Latimer.

—… Y maldita la gracia que le hizo.

—Lo que le preocupó más fue no encontrar al muerto…

—Estos tipos se hacen llamar los Mastines.

—Perros…

—Sí, Troy. Esconden su hueso. O mejor dicho, el muerto. Por eso nadie les puede probar sus crímenes.

—¡Asesinos profesionales! ¡Santo Dios! ¿Dónde nos hemos metido, muchacho?

—Nos metió el pobre Duke Latimer.

Troy se palmeó el estómago.

—Quiero desprenderme de estos diamantes antes de que a alguien se le ocurra abrirme como una res.

—Calma, Troy… Eh, ya no me acordaba. ¿Dónde está la chica?

—¿Qué chica? —Pestañeó Troy, demasiado concentrado en sus problemas.

Troy hizo una mueca.

—*Betty* la Perseguida.

—Se largó.

Jim miro dentro del vestuario.

Suspiró fatigadamente.

—Todas son iguales de desagradecidas.

—Olvídate de ella, Jim. Tenemos cosas más importantes de qué ocuparnos.

—No será fácil que la aparte de mi sesera. Esa chica me gustó.

—Claro que te gustó. Te lo vi en el brillo de los ojos. Pero si quieres un consejo, deja de meterte en más líos. Sólo te faltaba lo de la chica perseguida, además del asado de los diamantes. De modo que si quieres una mujer, puedes acercarte al barracón de la domadora de pulgas, que parece que se interesa por ti. Está de lo más despampanante.

—No quiero tener que rascarme toda la noche.

—Eh, esa domadora de pulgas es aleo extraordinario. Y además, se ofreció a llevarnos a River City, donde también hay rodeo y parque de atracciones. Es una oportunidad para escapar de este infierno.

—Satán debe estar en el infierno. Me quedo.

—Satán va al Oeste. Y al Oeste debemos viajar.

—Lo que pasa es que estás nervioso, Troy.

En aquel instante, Bart Shanon entró convertido en huracán.

—¡Muchachos! ¡Es el éxito del año! ¡Tenéis que salir a saludar!

—Manda al cuerno a esa gente —masculló Troy, que no estaba para fiestas—. Por diez centavos que pagan…

—¡Tienes que mostrarles el tipo entero, Troy! Mañana tendremos a rebosar el barracón y daremos catorce sesiones. ¡Se

correrá la voz y nos haremos ricos!

—Ustedes van a ser muy pobrecitos —dijo la ronca voz de Stan, el asesino.

Jim, Troy y Bart se dieron la vuelta.

Stan y el regordete Alk entraron en el recinto con las pistolas en mano.

Jim hizo una mueca.

—Eh, muchachos. ¿Todavía quieren bromear?

Stan tenía los ojos brillantes de cólera.

—Nadie me ha tomado el pelo tan impunemente que siga vivo.

—Deja el drama, compadre.

Stan torció la boca despreciativo.

—Engañarnos con una vulgar cabeza de goma. ¡Puaf!

Troy alargó el cuello soltando un gemido, e intervino:

—¡Eh, Jim! ¿Ves cómo tienen ganas de ver mis restos desparramados?

Stan le dirigió una mirada llena de odio.

—Y en cuanto a ti, fakir de pacotilla, a ti te voy a rajar como un queso. Y va a ser sin anestesia.

—¡Jim! —Gargarizó aterrado Troy, a quien le infundían mucho respeto los asesinos profesionales.

Miller sacudió la cabeza.

—Bien, amigos. Ya son suficientes bromas. Guarden las pistolas y vayan a tomar un refresco al puesto de al lado.

—Antes nos llevaremos los diamantes.

Jim parpadeó, fingiendo demencia.

—¿Diamantes?

—No se haga el loco, compañero —masculló Stan—. Contaré hasta tres.

—Por mí, cuente hasta mil —dijo Troy, tomando el camino de la puerta.

Stan escupió entre dientes:

—Quieto o lo aso por abajo, fakir.

Jim enseñó las palmas de las manos.

—Vamos a ver, muchachos. Nosotros no vendemos diamantes. ¿Tenemos aspecto de traficantes de piedras preciosas?

—Tú se las sacaste a Duke Latimer en el corredor. El tipo murió muy a tiempo. Te entregó las rocas y el gordo las engulló. Ahora,

allá va una oportunidad para que ningún deslenguado diga que Stan no tiene corazón. Que el gordo regurgite los seis pedruscos en el cuenco de mi mano, o juro que aquí mismo hago una masacre de las de fines de año.

Troy adelantó un paso.

—No hay más que hablar, muchachos. Ahí van las piedras preciosas, los clavos, la navaja y todo lo que llevo en mi bolsa de canguro…

—Un momento —intervino Jim, porque sabía que, en cuanto Troy entregara los diamantes, aquellos asesinos no dudarían en asarlos a balazo limpio, para no dejar testigos.

—¿Qué te duele, Jim? —inquirió.

—Vuelvan dentro de un rato y ya habremos hecho el debido lavado de estómago a Troy. Hasta luego. —Jim se dirigió al corredor, pero tuvo que detenerse inmediatamente.

—¡Alto, Jim! ¡Alto o no lo cuentas!

Miller volvióse, viendo a Stan curvando el dedo sobre el gatillo.

Pero ya Jim había quedado muy cerca del pasmado Bart Shanon, el dueño del barracón, que no comprendía nada aquel asunto.

Y la razón de que éste se quedara tan cerca de Bart era solamente que éste poseía un revólver colgado del cinto.

Jim fue a saltar y hubo un momento de tensión.

En eso, la bella Betty entró precipitadamente.

—¡Estoy rodeada! —exclamó.

Stan soltó un respingo y la apuntó.

—¿Quién es esta fulana?

—Es Betty, una chica con problemas.

—Ya lo puede decir, señor Miller —asintió la chica—. Creí que no podía burlar a mis perseguidores. Pero he visto que el lugar más seguro del mundo es este cuarto.

Jim sonrió con pena.

—Oh, sí. Muy seguro.

Stan lanzó un salivazo rabioso.

—Me parece que esta fulanita también entrará en el lote por haber metido las lindas narices aquí.

Betty vio entonces los revólveres y dejó escapar un gritito.

—¡Oh, caí en la trampa! ¡Deben ser gentuza de ellos…!

—Es simplemente gentuza, Betty —dijo Jim, reculando un paso.

Simuló tropezar con Betty.

Los dos respingaron y se fueron al suelo.

Jim lo que hizo fue sacarla del ángulo de tiro.

Además tuvo que arrebatarle el Colt al estupefacto Bart Shanon. Todo así de sencillo.

Stan rugió espantosamente.

Pero más espantoso fue el rugido de las armas.

Stan y el regordete Alk apretaron los gatillos.

También le tocó hacerlo a Jim.

Y fue el que tuvo más suerte.

Esquivó el plomo que le mandaban.

Y, en medio de aquel infierno de fuego y plomo, consiguió meter tres balas en cada cuerpo.

Stan salió despedido de mala manera, a causa de los impactos, y se coló en una caja de doble fondo, de donde brotó una muñeca de cera, porque habla truco.

El regordete se frotó los ojos perplejo ante aquella transformación de su compinche Stan.

Pero cuando quiso comprobar el porqué de la transformación, trastabilló y se derrumbó como un fardo.

Entretanto, Troy sufría un ataque de histerismo a causa del tiroteo.

Sin saber lo que hacía, y en un esfuerzo de evasión, tiró una soga al aire.

Y como era fakir por vocación, la cuerda se quedó empinada misteriosamente.

Troy trepó por ella y se convirtió en humo.

Jim ayudó a Betty a ponerse en pie.

Pero también la muchacha estaba aterrada a la vista de los cadáveres y del peligro que acababa de pasar, y chilló:

—¡Y dije que éste era el lugar más seguro!

Antes de que Jim pudiera impedirlo, ella se largó como un cohete corredor adelante.

Jim quedó un buen rato con los ojos cerrados.

No pensaba en los muertos. Ni en los diamantes. Ni en el peligro que acababa de correr.

Sólo recordaba el dulce contacto con el cuerpo de Betty cuando estaban en el suelo.

Nunca en su vida había conocido a una mujer más estupenda.

* * *

Geoffrey Lee buscaba por el fondo de la piscina.

Se movía con la misma ligereza que una rana en su elemento.

Y también reía a pesar de estar sumergido dos metros más abajo.

Se debía a que había establecido una apuesta con Claude.

Claude era una pelirroja que había trabajado como *vedette* en el gran Saloon Dallas.

Toda una figura del arte. Una fulana de gran clase. Geoffrey la había invitado a pasar unos días en su rancho de lujo y tuvo la gran suerte de que la chica aceptara. Todavía no le había hincado el diente. Pero Claude no tardaría en ser suya.

Precisamente ahora, ella había establecido una apuesta.

Se lanzó a la piscina con un bañador de su hermana pequeña mientras gritaba: «¡A que no me pescas, tiburón!».

Y Geoffrey había aceptado el reto y la perseguía por bajo el agua.

Claude era una estupenda nadadora. Tal vez debido a su cuerpo largo y esbelto, que se cimbreaba como la anguila en el agua.

Pero Geoffrey había ganado un par de copas en otros tantos concursos de natación y era todo un tiburón. Por nadador y por dientes. Ya vería la muy condenada. Rió.

Cuando alcanzó a ver el cuerpo de Claude entre dos aguas, se rió con más fuerza soltando mucha burbuja. Ya la tenía. Sí, señor. Ya era suya.

De repente, Geoffrey se detuvo quedando despatarrado como un pulpo porque un tipo acababa de ponerse en su camino bajo el agua.

Geoffrey lanzó una maldición y subió a la superficie.

El tipo delgado, que parecía una angula, también sacó la cabeza.

Geoffrey lanzó un chorro de agua rabiosamente por entre los labios.

—¡Maldición! —rugió—. ¿Quién te manda interrumpir, Dell?

Dell, el tipejo que le servía de criado y de mandadero, sobrenadó dificultosamente.

—¡Es que no podía hacerme con usted, jefe!

—¡Ahora te agarraré con el tentáculo y verás, zángano!

Claude estaba ahora en la orilla, riendo burlonamente, porque había ganado la apuesta.

Mostraba un par de piernas que era como para no creérselo. Estaba de trastorno la chica.

Geoffrey masculló entre dientes:

—¿Qué tienes que decirme que sea tan importante para interrumpir el juego, memo?

Dell gorgoteó.

—Jefe, se han cargado a los dos perros.

—¿A qué perros te refieres, mollera dura?

—A esos dos que envió usted para el asunto de los diamantes.

Geoffrey sacó la cabeza medio metro del agua.

—¿Cómo? —aulló.

—Les dieron el relleno en un barracón.

—Pe… Pero no es posible…

—Debo decirle que fue en un barracón de trampas, juegos de manos y cosas por el estilo. Ahí debe estar la explicación.

—¿Quién fue, maldita sea? ¿Quién acabó con los Mastines?

—Un tipo que debe ser de la perrera.

Geoffrey pegó un sacudón con la derecha a su empleado.

Dell estuvo a punto de desmayarse y eso habría sido fatal para él, porque se habría ahogado.

—Jefe, ¿qué le he dicho?

—Mucho, bastardín, y yo no admito la mofa ni la befa. Te pregunto quién había matado a los Mastines.

—Satán.

Geoffrey soltó otro trallazo a su empleado.

Dell dio esta vez la impresión de que iba a salir del agua, pero sólo saltó una parte de él, una muela que tenía floja.

—Pero, jefe, si le he dicho la verdad.

—¿Crees que soy un niño para que me coloques ahora fábulas? Conque Satán, ¿eh?

—Es el tipo que viste de demonio y que resultó ser el mismo diablo cuando disparó el Colt. Fue él quien se cargó a Stan y a Alk. Su amigo el fakir fue el que se tragó los diamantes.

—¿Los tiene todavía?

—Sí.

—Maldita sea, Dell, no pueden escapársenos. Reúne a los

muchachos. Nos vamos en busca de esos hijos de perra.

—Pero, jefe, ya le he dicho que Satán no escupe fuego, sino plomo.

—¿Sabes lo que te digo? Que me voy a hacer una pipa con su cuerno izquierdo.

Jefe y empleado salieron de la piscina.

La hermosa Claude fue al encuentro de Geoffrey.

—Tiburón, ¿qué pasó que no me atrapaste…? ¿Lo intentamos otra vez…? —La bella se acompañó de un contoneo de caderas que convirtió la garganta de Geoffrey en un pasadizo reseco.

—Claude —dijo Geoffrey—. Espera un rato y, en cuanto vuelva reemprendemos el juego.

—¿Me vas a dejar por un negocio?

—Se trata de algo muy importante, nena. Pero habrá tiempo para todo.

—No tardes, feo, o invito al capataz a que me pille. Ya me he dado cuenta de que no es manco.

—No lo es, pero lo será si te pone la mano encima. Te lo jura Geoffrey Lee.

# CAPÍTULO VII

Troy Campbell se tocó el estómago.

—Y pensar que tengo aquí la causa de todo el estropicio.

Habían corrido mucho para escapar de las garras del *sheriff*. Si O'Banion los atrapaba, haría muchas preguntas y, tal como estaban las cosas, Jim juzgó más prudente emprender un largo vuelo.

Pero el vuelo resultó bien corto, porque Troy, con tantas cosas como llevaba en el estómago, se cansó en seguida de correr.

—Eh, Jim, ¿adónde vamos?

—Primero a un lugar donde puedas sacar los diamantes, y luego al hotel donde se aloja el joyero Isaac.

—Demonios, quieres decir que vas a devolver los diamantes.

—Exactamente.

—Y cobraremos el diez por ciento de la recompensa. ¿Es mucho dinero, Jim?

—Unos tres mil dólares, centavo más, centavo menos.

Entraron por la puerta trasera del saloon la Alegría del Cow-boy.

Subieron por una escalera y llegaron a las habitaciones superiores. Una rubia les salió al encuentro.

—Jim, querido, ¿cómo tardaste tanto tiempo en llegarte aquí?

Troy tomó a Jim del brazo, cuando ya éste se lanzaba a cobijarse en los brazos de la girl.

—Eh, Jim, ahora no es momento de efusiones.

—Tienes razón, Troy. Eh, Maggie, queremos una habitación y que nos dejen solos.

Maggie abrió una puerta.

—Aquí estaréis tranquilos.

—Que nos suban una botella de *whisky* —dijo Troy.

—Eh, Troy —dijo Jim—. Entra ahí. Yo mientras, hablaré con Maggie. Ya sabes lo que tienes que hacer, muchacho. Da a luz a los seis gemelos.

—No me digas que va a tener hijos.

—Sí, Maggie, es justamente lo que va a hacer.

—Has bebido demasiado, Jim.

Miller cerró la puerta cuando Troy hubo entrado en la habitación.

Maggie puso un brazo en jarras.

—Eres un tipo muy raro, Jim.

En aquel momento oyeron los gritos que pegaba Troy.

La mujer miró la puerta.

—Diablos, es verdad… Cómo le duele…

Un hombretón llegó al corredor.

—Maggie, entremos ahí.

—No puedes, Eneas —dijo Maggie—. Hay un tipo que está de parto.

El hombretón, que había bebido un poco, guiñó los ojos.

—¿Es un chiste, Maggie?

—No, Eneas, es la verdad, aunque yo tampoco lo creía.

Jim se cubrió la boca para no sonreír. Maggie era una mujer demasiado ingenua.

Troy seguía pegando gritos en el interior.

Jim abrió un palmo la puerta y asomó la cabeza.

—¿Cómo va eso, Troy? —preguntó hacia adentro.

—Ya estoy a punto de lanzar uno al mundo.

—Animo, muchacho.

—Es cosa de mis riñones… Si lo soportan, tendré las tres parejas.

Jim cerró la puerta y puso cara de circunstancias.

Maggie y Éneas lo miraban asombrados.

—No puede ser un tipo, Maggie —dijo el hombrón.

—Lo es. Se llama Troy Campbell y tiene aspecto de elefante.

—Bueno, ya sé lo que pasa. Es de esos que de pronto se convirtió en mujer… A un amigo mío le pasó en las minas de Colorado. Llegó allí con la barba crecida, y al cabo de dos meses, se puso a trabajar como primera *vedette* en el Teatro Chino… Qué mujer, volvió locos

a todos los hombres menos a mí… Imagínate, durante muchos meses estuvimos viviendo en la misma habitación, ya saben, cuando él era tipo.

En aquel momento, Troy soltó un aullido más grande que los anteriores.

—¡Lo conseguí…! ¡Lo conseguí…!

Geoffrey Lee apareció por el fondo del corredor, seguido de tres pistoleros.

—¿Es usted Jim Miller?

—Si.

—Parece que dejó ya el disfraz de Satán, aunque todavía se le nota algo de maquillaje.

—¿Quién es usted?

—Geoffrey Lee. Por cierto, ¿dónde está su amigo?

—¿A qué amigo se refiere, señor Lee?

—No se haga el listo o va a quedar como un tonto… Usted sabe a qué amigo me refiero, a ese hipopótamo que responde al nombre de Troy y que engaña a la gente pasando por fakir.

Maggie intervino y lo hizo muy inoportunamente.

—Oiga, señor Lee, ese fakir es una fakira. Entró ahí a dar a luz, y si no me cree, que se lo diga Eneas.

Geoffrey Lee entornó los ojos.

—Óiganme todos, si se han puesto de acuerdo para tomarme el pelo, les voy a dar un escarmiento del que se acordarán mientras vivan, o sea, durante dos minutos.

Eneas sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Oiga, señor Lee, lo que dice Maggie es la verdad. Y no crea que ocurre por primera vez. Yo tuve un amigo en las minas de Colorado que…

El bueno de Eneas no pudo continuar porque Geoffrey le estrelló un puño entre los dos ojos.

El hombrón cayó de espaldas y armó tal ruido, que pareció por un momento que el edificio se iba a venir abajo.

Luego Geoffrey abrió y cerró la mano con que había puesto fuera de combate a Eneas.

—Esto es lo que hago yo con los fabulistas. ¿Lo vio, Miller?

—No tiene mala derecha.

—Pues no quiera saber lo que hago con la izquierda.

—Buñuelos.
—¿Cómo?
—Oiga, señor Lee, mi amigo Troy está muy malito. Deje su tarjeta y pasaremos a hacerle una visita por su rancho.
Lee entornó los ojos y sonrió por la comisura de la boca.
—¿Dónde están?
—¿Dónde están, qué?
—Usted sabe lo que me interesa.
—No, no lo sé.
—Las Estrellas de la Noche.
—No hace falta que se ponga tan romántico, señor Lee. Le aconsejo que se busque una muchacha y que le diga todo lo que quiera de la noche, de las estrellas y de los planetas.
Lee soltó un rugido que lo asemejó a un león hambriento.
En aquel instante ocurrió lo peor.
Troy Campbell abrió la puerta y apareció con la palma de la mano extendida. Y sobre ella relucían con luz propia los seis diamantes del joyero Isaac Jorby.
Quedó interrumpida la respiración de todas las personas que había en el corredor, y eran tantas que ya no cabían.
Miller gimió por lo bajo.
—Troy, la has hecho buena.
—¿Es que no lo ves, Jim? Son las tres parejas de mellizos.
—Sí, ya lo veo, pero también lo están viendo los demás.
Troy echó una mirada a su alrededor y tuvo la impresión de que el suelo se hundía bajo sus pies.
Geoffrey Lee soltó una risita.
—Gracias por conservar para mí esas chucherías.
—Señor Lee, usted se equivoca —repuso Troy—. Esto pertenece al joyero Isaac Jorby y es a él quien vamos a entregarle los pedruscos.
—Pensaba darles una recompensa en dinero efectivo, pero ahora va a ser plomo derretido.
—Eso se lo dirá usted a todos.
—Listos, muchachos, a ellos.
Jim tiró del revólver y empezó el baile.
Dos pistoleros se unieron para formar pareja, pero sólo fue un efecto momentáneo. En realidad, sólo danzaban porque habían sido

alcanzados por las balas de Jim. Después de dar tres pasos conjuntamente, decidieron caerse, y se cayeron.

Geoffrey Lee quiso participar en la fiesta y, como tenía el revólver en la mano, se ganó un proyectil en la cabeza.

No llegó a decir nada, se tumbó en el suelo y, para salir de allí, tendría que hacerlo con los pies por delante, listo para ocupar un ataúd.

El último pistolero que acompañaba a Lee levantó los brazos.

—No tire, señor Miller.

Maggie se había arrojado al suelo, junto al hombrón Eneas. Éste despertó y, al ver lo que estaba pasando, puso los ojos en blanco y se desmayó otra vez.

Troy se había metido en la habitación y ahora estaba escupiendo los trozos de la navaja de afeitar y otros cachivaches que había ingerido durante la función en la barraca de Marty.

Alguien subió la escalera precipitadamente. Era el *sheriff* O'Banion, que traía su revólver en la mano.

Al ver el estado en que se encontraba el corredor, O'Banion se puso rojo.

—Por todos los infiernos, ¿quién hizo esto?

—Satán —contestó Miller.

El *sheriff* fue a contestar, pero se le atropellaron las palabras en la boca.

* * *

El joyero Isaac Jorby miró con cariño los seis diamantes llamados las Estrellas de la Noche, que estaban depositados ahora en un lecho de terciopelo. El judío, por parte de padre y escocés por parte de madre se frotó las manos sobre el estómago.

Acostumbraba a mirar por encima de sus gafas, quizá para no gastar los cristales.

—Ustedes me han hecho un gran favor.

—Nada de favor —contestó Jim—. Esto ha sido un trabajo. Pague.

—Oh, claro que sí… Vamos a ver, tenía que dar una recompensa del cinco por ciento…

—Un diez.

—Oh, perdonen había olvidado por un momento que era el diez, pero del diez hay que deducir algunas cosillas… La tasa del impuesto sobre mercancía de lujo, un tres por ciento del impuesto municipal sobre artículos para la mujer, más un uno por ciento que he de descontar por pronto pago.

Troy levantó un puño.

—Y yo voy a descontarle a usted un diente si rebaja un centavo del diez por ciento.

—No se hable más, tres mil dólares… Pero yo no tengo aquí tanto efectivo. Sólo llevo doscientos dólares. De modo que se los daré y el resto lo cobrarán en un cheque.

—¿Qué te parece a ti, Jim? —preguntó Troy.

—Correremos el riesgo de que el señor Jorby no tenga fondos.

El joyero soltó una risotada.

—Es usted muy chistoso.

A continuación Jim se hizo cargo del cheque y de los doscientos dólares.

El *sheriff*
O'Banion,
que asistía a la escena, dijo:

—Hay tipos suertudos, pero nunca conocí a dos como ustedes, Jim Miller y Troy Campbell.

—Gracias, *sheriff* —repuso Jim sonriente—. Cuente con una invitación a un vaso de *whisky* en el saloon la Alegría del
Cow-boy.

—Prefiero que me den otra clase de premio.

—¿Por ejemplo?

—Que desaparezcan de Pratter City, al menos durante los próximos cincuenta años.

—Ya hacía tiempo que no desdentaba a nadie.

—Y usted que lo vea.

Jim pegó una palmada a Troy y los dos amigos salieron de la oficina del *sheriff*, el lugar donde se había efectuado la entrega de los diamantes al joyero Jorby.

Ya en la calle, Troy respiró a pleno pulmón.

—Caramba, Jim al fin salimos a flote. Ya era hora de que nos saliesen las cosas bien.

—¿Cuándo nos salieron mal?

Troy cruzó los dedos de una mano.

—No hables de eso, Jim. Soy supersticioso.

Pasaban por el establo de Stamp cuando salió del interior un grito femenino.

Jim se detuvo y vio una escena que no le gustó nada. Aquella joven que había dicho llamarse Betty Burns pataleaba en el aire porque un tipo grandullón la sostenía con sus grandes y largos brazos. Otro fulano grandote reía a carcajadas.

—Ya la tenemos, Vince.

Betty trataba de arañar la cara del llamado Vince, pero eso resultaba imposible, porque éste la mantenía alejada de sí para no sufrir el menor daño.

—Quieta, fierecilla.

—¡Bastardo, suéltame!

—Claro que te soltaré, nena, pero será en cierto lugar, lejos de Pratter City.

Jim pegó con el codo a Troy en el costado y se dirigió al establo.

—Eh, Jim, ¿es que no podemos salir a menos de cuatro líos por hora?

Jim se detuvo ante Vince, que sujetaba a la muchacha.

—Con permiso.

A renglón seguido, soltó la derecha.

El hombrón recibió el golpe en el hígado.

Dejó a Betty como si ésta se hubiese convertido en una herradura al rojo vivo y la muchacha cayó al suelo, aunque no se hizo mucho daño porque había por allí mucha paja.

Vince miró asombrado al hombre que le había golpeado y se escupió las manos.

—Eh, Nils, aquí hay un tipo que quiere echar una siesta.

Nils también se escupió en las manos y rió por la bocaza.

Troy, aunque no le gustaban los jaleos, sintió hervir la sangre al ver que aquellos dos fulanos eran demasiado gordos y grandes para su amigo.

—Esperen, yo también quiero un boleto para este festejo.

—Aquí lo tienes —dijo Nils.

Intercambiaron golpes, que más bien fueron mazazos.

Betty, en el suelo entre los cuatro contendientes, gateó dando

chillidos porque temía ser aplastada.

Jim estaba cansado de pelear. Había tenido demasiado trabajo para un solo día, de modo que decidió acabar su partida cuanto antes.

Bloqueó un izquierdazo de Vince, y a su vez, replicó con otro zurdazo.

Vince también lo bloqueó, pero lo hizo con la boca.

Cayó despatarrado dando una vuelta de campana y, para colmo de su desgracia, estrelló la cabeza contra un yunque.

Quedó inconsciente.

Troy hizo volar a Nils, aunque éste no tenía alas.

Se fue hacia la pared y allí se estrelló. Cuando llegó al suelo, ya estaba viendo pajaritos alrededor de su cabeza, que le hacían pío-pío.

La pelea había terminado apenas comenzada.

Troy dio un suspiro.

—Jim, ¿podemos ir a descansar y comer un poco?

—Desde luego. Betty, queda invitada.

La joven se tocó el estomago.

—La verdad es que tengo tanta hambre, que estaba dispuesta a comerme una ración de avena.

—Pues ven con nosotros. Con una condición.

—¿Cuál?

—La de que nos has de contar qué te pasa.

La joven se mojó el labio inferior con la lengua. Titubeó unos instantes y por fin dijo:

—Está bien, lo contaré, aunque quizá sea peor para ustedes.

Troy dio un chillido.

—No, Betty, no queremos oír nada… Te pagaremos la comida, pero callate.

Minutos más tarde, Betty y sus benefactores estaban sentados alrededor de una mesa, en el restaurante de Tom Picadilly.

Cada uno de ellos dio cuenta de un grueso filete.

—¿Puedo repetir? —dijo Betty.

También repitió Troy.

Despacharon huevos fritos con jamón, mermelada y dos tazas de café.

—Está bien, Betty —dijo Jim tras prender fuego a un cigarro de

medio dólar—. ¿Cuál es tu historia?

# CAPÍTULO VIII

—He pensado que no os conviene oírla —dijo Betty. Troy se puso a aplaudir.

—Bravo, muchacha, tú eres una amiga.

Jim rezongó:

—Betty con eso sólo haces aumentar mi curiosidad.

—Pero, Jim, es que no os conviene saberla.

—¿Por qué no?

—Porque tengo la impresión de que correréis el peligro de que os maten.

Troy iba a prender fuego a un cigarro gemelo al que fumaba Jim y estuvo a punto de tragárselo. Logró escupirlo.

—¿Qué ha dicho de muerte, muchacha?

—Es una historia muy negra.

—Ya lo veo. Tiene una calavera y dos tibias.

—Troy, serénate un poco —recomendó Jim—. Está demostrado que Betty se encuentra en una situación apurada. Nosotros somos dos caballeros. ¿Es que vamos a dejarla sola?

Troy puso una cara de circunstancias.

—Pero todo el mundo tiene parientes. Betty también los tendrá. La familia debe arrimar el hombro cuando uno se encuentra en apuros.

—Sí, Troy, tienes razón —asintió Betty.

—¿Lo ves, Jim? Todo arreglado. Betty pedirá ayuda a su familia.

—No tengo ninguna —dijo ella con voz lúgubre.

Troy dio otro respingo.

—¿No tienes padres, ni hermanos, ni tíos, ni primos? —A nadie.

—Asunto concluido, Troy —intervino Jim—. Está sola y desamparada en el mundo.

—Justo como a las que a ti te hacen tilín.

—Eh, Troy, no digas eso o Betty pensará mal de mí. Anda, chica, ¿qué es lo que te pasa?

—Me quieren retirar de la circulación.

—¿Te refieres a matarte?

—Quizá sí, aunque al principio se conformen con el secuestro. Creo que antes de matarme, tratarán de convencerme.

—Demonios, eso es muy interesante.

—Pero demasiado complicado —respondió Troy—. No entiendo una palabra.

—Troy tiene razón, Betty. ¿Por qué no empiezas desde el principio?

—Lo vais a saber todo —la joven hizo una pausa y luego agregó —: Yo trabajaba en San Francisco, en una oficina exportadora de granos. Es una casa muy importante, la Harvey Limitada. Allí éramos muchos compañeros. Simpaticé con uno de ellos, con Leo Cummings, un buen muchacho, agradable, simpático…

—Seguro que Leo se enamoró de ti —dijo Jim.

—¿Cómo lo sabes?

—La vida, Betty. Pero continúa. ¿Qué pasó entre tú y Cummings?

—Leo era un hombre muy tímido, de modo que nunca se atrevió a declararse. Hace cosa de dos meses, Leo recibió una carta. Se la enviaba el juez de River City.

—¡Caramba! River City —exclamó Troy—. Esto está cerca de aquí. Es el pueblo más inmediato.

—No interrumpas a Betty, Troy, y déjala que cuente su historia. ¿Qué decía esa carta que recibió Cummings?

—Que su abuelo, Patricio Cummings, le había dejado heredero del Rancho la Esperanza, cuyo valor era de cincuenta mil dólares.

Jim dio un silbido.

—No es mal bocado.

—Leo no había conocido a su abuelo. Según me contó. Patricio Cummings había desheredado a su madre, que era la hija de Patricio, por haberse casado con un tahúr.

Los padres de Leo se fueron a San Luis y fue allí donde nació él. Cuando Leo era muy pequeño, sus padres murieron, y él tuvo que arreglárselas solas. En distintas épocas de su vida escribió a su

abuelo algunas cartas, pero nunca recibió contestación. Por fin, Leo decidió ignorar su existencia.

—Y de pronto, el abuelete, sintiéndose morir, se arrepintió de todo y nombró a Leo heredero de su rancho.

—Así fue… Entonces Leo me dijo que quería casarse conmigo.

—Vaya, el muchacho se sintió envalentonado al sentirse con pasta. ¿Qué le contestaste tú?

—La verdad. Le dije que era un gran muchacho, pero que no estaba enamorada de él.

—¡Repámpanos! —replicó Troy—. Todavía existen tipos románticos por el mundo.

—Agradecí mucho a Leo su inclinación hacia mí, pero yo no estaba dispuesta a casarme sin amor.

—¿Así que el muchacho se fue a River City solo?

—Sí, Jim.

—¿Qué pasó después?

—Me había prometido escribirme, pero yo no había recibido ninguna carta. Entonces le escribí preguntando si estaba enfermo y no recibí respuesta. Eso me alarmó más.

Justamente hace una semana me dieron las vacaciones, y como no sabía adónde ir, decidí llegarme a River City. Leo me había dicho que su casa estaba a mi disposición. De modo que hice el equipaje y me largué a River City… Llegué anteayer y fui derecha al Rancho la Esperanza. El capataz que dijo llamarse Derky Adams, me hizo entrar en la salita. Iba a avisar al señor Cummings y entonces ocurrió lo más bueno —la joven se interrumpió para llenar los pulmones de aire—. Apareció el dueño de la casa, diciendo: «Yo soy Leo Cummings».

—Estupendo —dijo Troy—. Ya estaban otra vez unidos los dos amigos.

—No, Troy. Se equivoca. El Leo Cummings que entró en la salita, no era el que yo había conocido en Kansas City, mi compañero de trabajo en la Harvey Limitada.

—¡Canastos…! Ya sé lo que quiere decir. Leo Cummings sufrió de fiebre. Le cayó el pelo y cambió tanto las facciones, que ni tú misma lo pudiste reconocer.

Jim denegó con la cabeza.

—No, Troy, no es eso. Lo que Betty quiere decir es que, bajo la

personalidad de Leo Cummings, se le presentó otro hombre.

—Sí, Jim —asintió Betty—. Aquel otro hombre era completamente distinto a mi amigo.

El verdadero Leo Cummings era moreno, un poco más alto que yo, con un rostro que demostraba su bondad… Y el Leo Cummings qué me recibió en el rancho era rubio, de rostro cínico, ojos verdosos…

—Ya lo estoy comprendiendo —dijo Troy—. Al verdadero Leo Cummings le dieron matute y otro tipo le sustituyó para merendarse ese rancho de cincuenta mil dólares.

—Lo siento por el verdadero Leo —repuso Betty—, pero temo que hay ocurrido eso que tú dices, Troy.

Jim preguntó:

—¿Qué pasó durante esa entrevista entre el falso Leo Cummings y tú, Betty?

—Me quedé pasmada. Al principio creí que se trataba de un equívoco y dije que yo quería ver al verdadero Leo Cummings. Y el rubio me contestó con todo descaro que el único Leo Cummings que había allí, era él.

—¿Cuál fue tu respuesta?

—Yo le dije que se equivocaba, que él no era el verdadero y que si se llamaba así, es que había dos Leo Cummings. Aquel rubio quiso mostrarse agradable conmigo y me preguntó si quería beber algo. Yo me negué a aceptar nada.

—Claro, por si te envenenaba —puntualizó Troy—. Yo habría hecho lo mismo que tú, muchacha.

—¿Cómo terminó la entrevista? —respondió Jim.

—Le dije a aquel señor Cummings que me marchaba. Se me había ocurrido una idea, ir en busca del juez de River City, que era el que le había mandado la carta a Leo.

—¿De modo que te dejó marchar?

—Sí, pero antes me preguntó cuánto tiempo estaría en River City. Yo le dije que pensaba disfrutar mis vacaciones en la ciudad.

—¿Encontraste al juez?

—Sí, se llama Zallo Burgeons… Le conté lo que me había pasado, y él se echó a reír. Dijo que, indudablemente, yo estaba equivocada; que el señor Cummings se había presentado en su despacho con la carta que el había enviado a River City y que había

probado ser el nieto de Patricio Cummings.

—¿Qué pruebas eran ésas?

—El juez dijo que Leo Cummings, o sea el rubio, le había mostrado un medallón perteneciente a la familia de los Cummings, un rizo de su madre y un daguerrotipo en el que aparecía el abuelo Patricio después de haber matado un puma.

—Todo eso lo pudo conseguir el Leo Cummings que tú viste, liquidando a tu amigo, Betty.

—Eso fue lo que le dije al juez, pero el señor Burgeons me despachó muy atentamente, aunque quiso dar a entender que yo estaba mal de la cabeza.

—¿Qué hiciste entonces?

—Yo estaba decidida a continuar la investigación.

—Eso era muy malo para el falsario.

—Debió serlo, a juzgar por la forma en que reaccionó.

Troy había logrado encender el cigarro, pero lo machacaba más que fumaba.

—Jim, ¿sabes lo que te digo? Tengo la impresión de que nos estamos metiendo otra vez en un buen lío.

—Cierra el pico, Troy, y deja que Betty acabe su historia.

—Decidí ir al *sheriff* para comunicarle todo cuanto sabía. Me dijeron que se llamaba Buck Halley. Me alojé en el hotel La Reina de Texas. Había terminado de cambiarme para ir a la oficina del *sheriff*, cuando se presentaron dos tipos. Me dijeron que venían a recoger el equipaje para acompañarme a la estación. El señor Cummings se había dignado pagarme el viaje de regreso a Kansas City. Les dije que no pensaba viajar, que me quedaba allí, y ellos contestaron que debía comportarme como una buena chica, si no quería tener dificultades. Les dije que iría a Kansas City y salí con ellos del hotel. Cuando pasamos por un almacén, les informé de que iba a comprar una cosa y que me esperasen… Entré por una puerta y salí por otra. Había oído decir que en un pueblo cercano a River City, en Pratter City, se estaba celebrando un rodeo. Fui a un establo, alquilé un caballo y me vine hacia acá pensando que en este pueblo podía encontrar la ayuda que necesitaba.

—¿Lograste huir? —preguntó Troy.

—Eso creía yo, pero cuando llevaba cabalgando una milla, me volví atrás y vi a dos jinetes que me seguían.

—Pero pudiste llegar a Pratter City sin que te echaran la mano.

—Sí, y apenas puse los pies aquí, me dirigí a la oficina del *sheriff*, pero no llegué siquiera a entrar en la comisaría, porque ya me estaban esperando a la puerta.

Seguramente echaron por un atajo para llegar antes y ellos sabían que yo acudiría a la autoridad local… Eché a correr y desde entonces he ido de un lado para otro, tratando de burlarles. Ya lo sabéis todo.

—Tranquilízate, Betty —repuso Jim—. Ahora estás con amigos.

—Sois muy amables, pero ¿qué ha sido de Leo Cummings? Cada vez que pienso en el pobre me dan ganas de llorar. Nadie tenía derecho a matarle. Era un buen hombre, una bellísima persona.

—Hay gente muy mala por el mundo, Betty. Tipos que quieren aprovecharse de todo.

—Ese impostor, el rubio, es un miserable.

—No creo que el negocio sea cosa sólo del rubio.

—¿Supones que es algún complot?

—Apostaría a que sí. Es un negocio de envergadura y no lo podría realizar un hombre solo. Apuesto a que el rubio se puso de acuerdo con otras personas.

—¿Sospechas del juez?

—Quizá el juez se lleve un buen bocado. Y también está el capataz, ese Derky Adams…

Pero no podemos acusar a nadie. Nos hacen falta pruebas. Eso es lo malo del asunto. Lo han preparado muy bien.

Troy dio un suspiro.

—¡Qué lástima que no podamos hacer nada! —sonrió satisfecho, porque esperaba una buena digestión.

—Yo no descansaré —dijo Betty—. No puedo consentir, si se ha cometido un crimen, que quede impune. Me prometí a mí misma que haría todo lo posible por castigar a los asesinos de Leo Cummings y hasta que no haya cumplido mi palabra, no estaré satisfecha.

—Estoy de acuerdo contigo, Betty —dijo Jim.

Troy se apartó el puro de la boca.

—Eh, Jim, ¿he oído bien?

—Sí, Troy.

—Pero tú has dicho que no hay pruebas.

—Las buscaremos.

—¿Qué podemos hacer nosotros contra un juez y un tipo que tiene un rancho de cincuenta mil dólares?

—Pondremos toda la carne en el asador.

—Eso es lo malo. Que nosotros pondremos la carne y ellos la parrilla. Ya me veo el cuerpo lleno de ampollas.

—Recuerda que tú no sientes el fuego. Eres un fakir.

—¡Y un cuerno! No lo siento cuando me unto con la medicina mágica. Pero, si esos tipos me pillan por su cuenta, seguro que me pasan por las brasas sin ninguna preparación.

—Troy, no seas cobarde.

—No soy cobarde. Sólo precavido. Quiero darle la razón a la pitonisa que me dijo que viviría ochenta años.

—Eso te demuestra que debes estar tranquilo. Esa pitonisa, *madame* Brigitte, nunca se equivoca en sus horóscopos.

En aquel momento, Betty dio un salto a la silla, Jim miró hacia la puerta, donde la joven estaba mirando.

En el restaurante habían entrado dos tipos de feo aspecto.

Betty dijo:

—Uno de ellos me estaba esperando en la oficina del *sheriff*.

Troy se volvió a meter el puro en la boca y Jim se relajó en la silla.

Al descubrir a Betty, echaron a andar hacia aquella mesa.

Los dos sujetos se detuvieron ante ellos. El más alto, que tenía una barba de dos semanas y una cicatriz sobre la ceja derecha, se puso los dedos en el cinturón y dijo:

—Señorita Burns, su tío nos envío para que la buscásemos. Menos mal que al fin la encontramos.

—¿De qué están hablando? Yo no tengo ningún tío.

—Vamos, señorita —sonrió el de la cicatriz—. Está haciendo pasar un mal rato al señor Gren. El pobre ha creído que a usted le ha pasado algo. En este pueblo están en fiestas y siempre hay algún desaprensivo que trata de aprovecharse de las mujeres que se encuentran solas.

—Oiga, yo no tengo nada que ver con ese señor Gren.

—Pero, señorita Burns, es su tío.

—Ya lo oí antes, pero yo no tengo ningún tío.

El fulano de barba crecida miró a su compañero, un individuo

de facciones alargadas, ojos hundidos en las órbitas.

—¿Lo oyes, Nicky?

—Fue lo que dijo el doctor, Ted. A la muchacha volvió a darle el ataque de magnesia.

—Amnesia, bruto.

—Como tú quieras, Ted… Pero lo cierto es que la chica ya vuelve a no acordarse de nada. Ni siquiera recuerda que tiene un tío, Y William Gren se ocupa de ella como si fuese una hija en lugar de una sobrina… Y apuesto a que tampoco se acuerda de su casa en River City, ni de su prometido, el señor Walter Warago, ni de que se ha de casar el próximo día 23.

—Claro que no me acuerdo —gritó Betty.

El larguirucho Nicky sonrió.

—Ya te lo dije, Ted, ese ataque de magneso es muy fuerte.

—Ustedes son un par de farsantes —dijo Betty.

—Señorita Burns —dijo Ted—. Queremos llevarla con nosotros sin emplear la violencia.

—Ustedes no me pondrán la mano encima.

—Lo siento, pero las órdenes de su tío fueron tajantes. Ha de volver con nosotros a la casa, porque necesita ser atendida por el doctor. Sea una chica obediente y verá cómo, cuando llegué allí, se siente mejor.

—No iré.

Jim y Troy hasta entonces habían estado callados.

El barbudo se dirigió a ellos.

—Oigan, amigos, ¿por qué no convencen a la chica? Nicky y yo sólo queremos cumplir con nuestra obligación.

Troy sonrió.

—Está claro, Jim, resulta que Betty es sólo una chica muy olvidadiza. Me hablaron de esa clase de enfermos. Pero no es nada grave. De pronto recuperan la memoria. Eso es lo que le pasará a Betty, cuando vuelva con su tío.

—Así se habla, muchacho —dijo Ted.

Entonces Jim dejó oír su voz.

—No creo una palabra de lo que ha dicho, Ted.

—¿Cómo?

—Usted sólo dijo una cosa cierta. Que la chica se llama Burns. Todo lo del tío es un cuento chino.

—¿Sabe usted lo que dice, compañero?
—Sí, Ted, lo sé.
—¿Me está llamando embustero?
—Justo lo que es.
—Por si no lo sabe, se esté jugando las narices, los dientes y algo más…
—¿Qué más, Ted?
—El pellejo.
—No sea melodramático, Ted. Usted y su compinche no tienen nada que hacer aquí. Así que voy a darles un consejo: ¡Lárguense!
Ted miró a Nicky.
—¿Oíste eso, Nicky?
Nicky miró las uñas de la mano izquierda. Eran largas y sucias.
—Lo oí todo, Ted.
—¿Y qué te parece?
—Que el muchacho se quiere ganar un premio.
—¿Se lo damos ya?
—Si no se lo damos, se va a decepcionar mucho.
Ted volvió a mirar a Jim.
—Debió cerrar la boca, compañero. Y usted y su amigo habrían vivido sin complicaciones.
—Lo bueno es que nos gustan las complicaciones.
—Ya tuvo la última.
Fue la señal para que Ted y Nicky desenfundaran.
Jim sacó también.
Troy atrapó de un brazo a Betty y se arrojó con ella al suelo.
Jim hizo lo demás.
Ted recibió un pildorazo en el estómago y cayó en la mesa vecina; sobre un plato de sopa. Tuvo un poco de suerte, porque al abrir la boca, tragó una buena ración de fideos.
Fue de su gusto y quiso tragar más, pero le abandonaron las fuerzas. Con la cabeza llena de fideos, como una medusa, se abatió sobre el piso.
Lo de Nicky fue más instantáneo.
Recibió un balazo en la ceja buena, donde no tenía la cicatriz.
Y ya tuvo dos cicatrices.
Pero él nunca se vería en el espejo.
Se había quedado sin sesos y los sesos hacen falta para ver.

Cayó en el suelo y lo último que hizo fue clavar las sucias uñas en un tablero.

Una vieja que comía papillas, perdió la dentadura postiza en el plato. Pegó un salto y, arremangándose las faldas, echó a correr hacia la puerta gritando:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Qué vengan los bomberos!

Un banquero que comía con una rubia, la cual no era su esposa, puso cinco dólares sobre la mesa y galopó hacia la puerta mientras decía a su amiga:

—Te veré en Nueva York el año que viene.

Jim sopló el cañón del revólver cuando el duelo hubo terminado.

Betty y Troy se levantaron.

—Eres maravilloso, Jim.

—Sólo falta que me digas que ellos decían la verdad y que eres amnésica.

—Yo tengo una gran memoria. Todo lo que te he contado es cierto.

—Ya lo sabía, Betty.

Se había armado un gran alboroto en la puerta del local.

El *sheriff*
O'Banion
se abrió paso entre los espectadores con el revólver en la mano.

Y, como la vez anterior, su cara se puso roja como un tomate.

—¡Dos cadáveres más! ¡No, no puede ser!

Jim metió el revólver en la funda y contestó:

—*Sheriff*, tenía que tener un poco más aseada la ciudad. ¿Qué van a decir los forasteros que llegan a ver el rodeo?

El representante de la ley apuntó a Jim con un dedo tan grueso como una morcilla.

—¡Usted es la peste, Jim…! Ahora dígame por qué mató a estos dos tipos y no me conteste que fue porque su amigo Troy se tragó esta vez un pendentif.

—No, no, *sheriff*, esta vez no hubo pedruscos.

—¿Qué fue entonces?

—Si se lo digo, no se lo va a creer.

—Inténtelo de todas formas, Jim.

Jim dio un suspiro y dijo:

—Estos fulanos se llegaron ante Troy y le dijeron que no era capaz de comerse un clavo y que le iban a rajar la barriga para demostrar que su estómago era como el de las demás personas. Naturalmente, Troy no quería dejarse operar. Entonces los tipos sacaron el revólver. Seguramente debieron hacer una apuesta. Yo no podía dejar que a Troy le hicieran la apendicitis. Traté de convencerles para que se estuvieran quietos.

Pero no hubo manera. Ya lo vio usted, *sheriff*, tuve que actuar en legítima defensa.

Los ojos del *sheriff* bizquearon.

Tras un largo esfuerzo, logró articular la palabra.

—¡Es el cuento más sucio que me han colocado en mi vida…! Escuche bien esto. Le doy quince minutos para que usted y su amigo abandonen Pratter City.

—Estamos de acuerdo, *sheriff*.

—¿Cómo ha dicho?

—Que nos iremos de Pratter City en una hora.

—Déjelo en cuarenta y cinco minutos.

—Trato hecho.

El *sheriff* miró a Jim con sospecha.

—No intente engañarme esta vez.

—No, *sheriff*. Ya puede estar seguro de que Troy y yo nos marchamos. Su ciudad no nos gusta. La gente se mete demasiado con nosotros y eso no está bien, porque somos dos honrados ciudadanos.

Jim dejó el dinero para pagar. Hizo una seña a sus amigos y los tres fueron hacia la puerta.

Cuando llegaron a la calle, Betty dijo:

—¿Por qué no le has contado la verdad al *sheriff*, Jim? El nos podría haber prestado ayuda.

—No, Betty.

O’Banion
no es el hombre adecuado para que nos eche una mano. El *sheriff* sólo quiere ventilar las cosas que ocurren en esta ciudad, pero todo lo que tú cuentas ocurrió en River City y él no tiene autoridad allí. De haberle contado tu historia, se hubiese reído en nuestras narices. Habría creído que todo era una fábula y seguro que nos habría metido en la cárcel… Mí historia fue más simple, pero la dio por

buena porque era la mar de sencilla.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Troy.

—También tengo para eso una respuesta muy sencilla. Nos largamos a River City.

Quiero conocer a ese falso Leo Cummings.

Troy soltó un gemido.

# CAPÍTULO IX

El juez Zallo Burgeons, de River City, estaba despachando media docena de tostadas con mantequilla y un tazón de café con leche.

Era su desayuno favorito.

Se chupó tres dedos de la mano derecha que se habían untado de mantequilla.

Luego alzó los ojos, deteniéndolos en la mujer que estaba al otro lado de la mesa.

—Pandora, eres la mejor cocinera del mundo.

Pandora estaba por los treinta años, y había sido girl en un saloon de Dallas. Fue allí donde la conoció el juez Burgeons. Simpatizaron, llegaron a intimar y entonces, el juez propuso a Pandora que fuese su ama de llaves.

Pandora aceptó con la idea de terminar convirtiéndose en la esposa del juez.

Era una chica ambiciosa, siempre lo había sido, pero la vida le había ofrecido hasta entonces sólo el lado malo de la moneda.

Viajó con el juez a River City y empezó a realizar su trabajo de ama de llaves con la mayor eficiencia. Pero pronto se dio cuenta de que el juez Zallo Burgeons era un enemigo acérrimo del matrimonio.

Cuando ella sugería los esponsales, el juez contestaba que el yugo matrimonial no se había hecho para él.

Pandora continuó al lado de Burgeons, pensando que, tarde o temprano, le haría cambiar de idea.

Pero ya habían pasado diez meses y la joven continuaba igual.

—Zallo —dijo ahora—. He decidido marcharme.

—Sí, vete pronto al mercado porque luego se compra lo peor.

—No me refería al mercado, sino a esta casa, a este pueblo.

El juez estaba engullendo otra tostada y se atragantó.
—¿De qué estás hablando, querida?
—De apartarme de ti.
—¿Quizá se te ha ocurrido ir a pasar unos días con tu prima Edith, en Yuma?
—No, Zallo… Lo que quiero decirte es que ha llegado el final para nosotros.
El juez se chupó más dedos.
—Esta mantequilla es buena, diablos.
Los senos de Pandora se agitaron furiosamente.
—¿Sólo se te ocurre decir eso, Zallo?
—He comprendido que estás haciendo un chiste.
—No es ningún chiste. Estoy harta de esta casa y jamás volveré a poner los pies en ella.
—¿Qué te pasa, Pandora?
—Que ya estoy cansada de ser una criada.
—Tú no eres una criada, sino un ama de llaves.
—Da igual.
—Yo creo que no es lo mismo, querida. Eres el ama de llaves de todo un juez, y eso siempre viste mucho, ¿o es que me vas a decir que alguien te ha faltado al respeto?
—No, Zallo. Nadie me ha dicho nada, pero leo en los ojos de la gente…
—¿Y qué es lo que lees?
—El sarcasmo, la ironía, y puedo imaginar lo demás. Lo que dicen ellos después de haber pasado yo por su lado… «Ahí va la fulana del juez».
—No, Pandora.
—¿Crees que vivo en una nube, Zallo? Es normal que esas cosas ocurran. Eres un hombre soltero, y no precisamente un jovencito. Ya cumpliste los cincuenta años.
—No me recuerdes mi edad.
—Muy bien. Zallo, he preparado mi equipaje y me marcharé dentro de una hora en la diligencia.
—No lo voy a consentir.
—Tendrás que pasar por ello.
El juez se levantó de la silla. Estaba muy serio.
—¿Tú sabes lo que eres para mí, Pandora?

—Podrás prescindir fácilmente de mí. Bastará con que te des una vuelta por un saloon y tendrás otra ama de llaves.

—No me hables de esa forma, Pandora.

—Ya he dejado de herirte. Te deseo buena suerte.

Pandora se dirigió hacia la puerta.

El juez se movió ahora muy aprisa. Atrapó a la joven por el brazo y la hizo girar bruscamente.

—No te he autorizado para que te retires.

Pandora levantó la barbilla.

—Me estás haciendo daño en el brazo.

—¿Qué es lo que quieres? ¡Dilo de una vez!

—Tú lo sabes.

—Oh, sí, lo sé. Quieres ser la señora Burgeons.

—Sí.

—Te he jugado siempre limpio. Ya te dije lo que opinaba del matrimonio. Ya te lo dije en Dallas. Tú aceptaste. Nada de esposa, sólo ama de llaves.

—Es cierto que lo acepté, pero una persona puede cambiar de opinión.

—Supongamos que te deje salir, ¿adónde irías?

—Todavía puedo servir para cantar y para otras cosas…

—No digas eso.

—¿Te duele?

—Sí, mucho.

—Me olvidarás pronto.

—No, Pandora, ¿crees que es fácil encontrar una cocinera como tú?

—Gracias por tu lisonja.

—¡Infiernos, lo tengo que pensar! No puedo acostumbrarme a la idea de casarme.

Dame un poco de tiempo. Lo pensaré. Te lo prometo.

—No, Zallo.

—De modo que, me pones una pistola en el pecho. Ahora o nunca.

—Eso es. Quiero ser tu esposa.

Zallo entornó los ojos y los volvió a abrir.

—No tengo mucho dinero.

—Me conformaré con el que tengas.

—El póquer me fue mal este mes. He perdido mucho.

—Tu cargo de juez nos permitirá vivir honradamente.

—Olvídate de eso. Mi paga no es importante. Nunca podríamos vivir como a mí me gusta.

—Te he probado que sé dirigir una casa. Haré economías.

—Nada de eso. Soy una personalidad en River City y tengo que vivir con arreglo a mi categoría… Esta casa es demasiado pequeña para un juez que tenga una esposa.

Además, hay que suponer que pueden llegar los hijos.

—Zallo —exclamó Pandora—. ¿Es que me aceptas como mujer?

—¡Qué remedio me queda!

Pandora echó los brazos alrededor del cuello varonil.

—Te haré el más feliz de los hombres. Te lo prometo.

El juez dejó que lo besase en los labios, pero luego se apartó de ella.

—He de solucionar el asunto económico.

—Ya te he dicho que con tu sueldo nos arreglaremos.

—¡Y yo digo que no! Sé de dónde puedo sacar dinero. Un amigo me lo dará.

—No te entiendo.

—No te preocupes. No hace falta que comprendas nada. Le haré una visita hoy mismo y, cuando regrese, estaré en condiciones de casarme contigo dentro de tres o cuatro días.

Compraré una casa. ¿Qué te parece la del señor Palmer?

—Me dijeron que está en venta, pero pide mucho dinero. Tres mil dólares.

—Los tendré.

—¿Pero quién te va a dejar ese dinero?

—No es en concepto de préstamo.

Pandora se mojó los labios con la lengua.

—Zallo, no te metas en ningún lío.

—Óyeme bien esto. Mi vida privada me pertenece a mí, aunque tú seas mi esposa. Soy juez, y un hombre de mi condición ha de estar metido en negocios. Será mejor que se te meta en la cabeza ahora. No quiero que fiscalices mis actos. Tú serás mi esposa, la dueña de la casa, pero cuidado con meter las narices en asuntos que no sean de tu incumbencia.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¿Esperabas alguna visita, Zallo?

—No. Debe ser el pesado de Peter que viene para hacer nuestra partida de póquer. Pero hoy no puedo ir. Dile que vuelva mañana.

—Sí, Zallo.

Pandora salió de la estancia. El juez volvió a la mesa, tomó su tazón de café con leche y bebió un trago. Soltó una maldición porque se había enfriado.

Pandora volvió a entrar en el despacho.

—No es Peter, sino un forastero. Jim Miller… Dice que quiere hablar contigo y que es urgente.

—Está bien, que pase, pero antes llévate la bandeja.

Pandora se marchó llevándose el tazón y el plato vacio.

El juez ocupó su sillón de alto respaldo.

Transcurrió un minuto. Al fin, entró un joven de cara simpática y ojos vivaces.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Miller? —preguntó Burgeons.

—Creo que mucho, juez.

—¿De qué se trata?

—Del Rancho la Esperanza. Me temo que su actual poseedor es sólo un falsario.

El juez miró a Jim y arrugó el entrecejo.

—¿Qué le hace suponer eso?

—Se lo contaré en seguida, señor Burgeons.

—Espere un momento. Quiero que me diga si habló antes con una joven llamada Betty Burns.

—Sí, juez.

—Entonces está todo claro… Esa mujer ha abusado de su confianza.

—¿Por qué dice eso?

—Yo la recibí aquí, en este mismo despacho, y me di cuenta de quién era una chantajista.

—¿Cómo llegó a esa conclusión, juez?

—Betty Burns se enteró del asunto relacionado con la herencia de Patricio Cummings, y pensó que estaba en las mejores condiciones para sacar un poco de dinero a Leo, el nieto y heredero universal del señor Cummings.

—Disculpe, juez, pero seguramente debe tener un medio

especial para conocer las intenciones de la gente, y eso le sirvió para pensar que Betty Burns era una chantajista.

¿No es así?

La expresión del juez se hizo más grave.

—Hijo mío, soy un hombre que lleva más de veinte años aplicando la ley. Usted reconocerá que no es un oficio muy corriente. En mi sillón del Juzgado, y en este despacho, he tenido oportunidad de conocer a la humanidad entera. Es una experiencia fascinadora. Se lo aseguro… Frente a mí han pasado toda clase de gentes. Hombres y mujeres que han tratado de engañar al prójimo y también trataron de engañarme a mí…

Al principio, lo consiguieron algunos, cuando era un novato, pero luego nada pudieron con sus malas armas.

—Juez, hasta ahora sólo ha dicho vaguedades.

—No me gustan sus palabras, Miller.

—Lo siento, juez, pero todavía no me ha convencido de que Betty Burns es una chantajista. ¿Por qué no creyó su historia si podía ser verosímil? Nadie había conocido en este pueblo a Leo Cummings. Debe admitir que el hombre que se presentó aquí diciendo que era Leo no pudo demostrar que fuese realmente el heredero de Patricio Cummings.

Según Betty, sólo enseñó la carta que usted le escribió a Kansas City, un supuesto rizo de su madre, un medallón y una fotografía de Patricio Cummings después de haber cazado un puma.

—Sí.

—Convendrá conmigo en que esos objetos pudo haberlos conseguido ese hombre quitándoselos al verdadero Leo Cummings.

—Es completamente absurdo.

—¿Por qué es absurdo, juez?

—¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Por un rancho que vale cincuenta mil dólares, señor Burgeons. Recuerde que usted ha conocido a la humanidad en el juzgado, y en este despacho. Seguro que vio a gente dispuesta a matar por unos pocos dólares. ¿Qué harían esas personas que usted conoció si se hubiese tratado de un rancho como La Esperanza?

—Señor Miller, no acepto lecciones de nadie, y menos de un forastero.

—Es cierto, juez, soy un forastero en River City, pero no por ello

debe echar en saco roto lo que le digo.

—¿Qué supone que debo hacer?

—Llevar a cabo una investigación.

—No puedo hacer tal cosa. Soy juez, no un policía.

—Muy bien. Entonces acudiré al *sheriff*. —Jim dio media vuelta para salir.

—Espere un momento.

—¿Qué quiere, juez?

—Quizá pueda aclarar las cosas a su gusto.

—¿De qué modo?

—Sabemos a ciencia cierta que Leo Cummings trabajaba en una firma de Kansas City, la Harvey Limitada… Voy a escribir una carta a esa sociedad, pidiendo la descripción física de Leo Cummings… ¿Está conforme?

—De acuerdo, juez.

—Tendremos la respuesta dentro de tres o cuatro días. La despacharé con urgencia. Si usted se queda en el pueblo, podré informarle muy pronto.

—Me quedaré, juez. Y gracias por las molestias que se va a tomar.

—¿Vino la señorita Burns con usted?

—Sí.

—¿Dónde se alojan?

—Estamos en La Reina de Texas.

—Le mandaré aviso cuando reciba la carta.

—Gracias, juez. Esperaré sus noticias.

Jim Miller salió del despacho.

El juez quedó a solas, pensativo.

Pandora entró en la habitación.

—¿Qué quería ese forastero?

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo.

El juez se levantó y tomó el sombrero de la percha.

—Tengo que hacer una visita. Volveré dentro de un par de horas.

Minutos más tarde, el juez cabalgaba fuera de la ciudad.

Se dirigió al Sur.

Después de recorrer seis millas, llegó al Rancho la Esperanza.

La casa era majestuosa, con un porche de columnas blancas.

Vio algunos peones dedicados a sus trabajos.

Ató las bridas del caballo a un poste y subió la escalera. Un hombre estaba en el porche.

—¿Está el señor Cummings?

—Sí, entró hace un rato. ¿Quiere que lo anuncie?

—No hace falta. Conozco el camino.

La puerta de la casa estaba entreabierta.

El juez cruzó el *hall* y se dirigió a la habitación que estaba a la derecha. Entró sin llamar.

En el aposento había dos hombres, uno rubio, con ojos verdes, de fuerte constitución.

—Buenos días, señor Cummings —dijo el juez.

El hombre que estaba con Cummings era más bajo que éste y poseía un tórax amplio, cabeza poderosa, de cabello rizado y nariz aguileña.

El rubio hizo un gesto adusto.

—Juez, cuando entre en esta habitación, me gustaría que llamase antes.

—No quería perder tiempo. El asunto que me trae aquí es grave. ¿Puedo hablar con usted a solas?

—No se preocupe, señor juez. Ya conoce a mi capataz, Derky Adams. Puede oír lo que usted me quiera informar.

—Está bien.

—Diga, juez, le escucho.

—Las cosas han empezado a torcerse.

—¿Se va a referir otra vez al asunto de Betty Burns?

—Sí, señor Cummings.

—Entonces puede descansar.

—¿Usted cree?

—Me ocupé personalmente de esa señorita. Y ya esté solucionado.

—¿Y cómo lo arregló?

—Es preferible que no lo sepa. Aunque debo de comunicarle que el negocio se hizo fuera de su jurisdicción.

—Me temo que no se solucionó, señor Cummings… Betty Burns está en la ciudad.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Pero esta vez no vino sola. Le acompaña un

forastero llamado Jim Miller.

—¿Qué tontería trata de colocarme, juez?

—Le estoy diciendo la verdad. Ese forastero, Jim Miller, me contó la misma historia que Betty. Ya sabe, que usted es un impostor, un farsante.

—Pero usted le habrá convencido de que nada de eso es cierto. Yo soy el auténtico Leo Cummings.

—Traté de arreglarlo de esa forma, pero el señor Miller se mostró muy escéptico. Tanto que, demostró interés por hablar con el *sheriff*… Pero yo no lo dejé. Le prometí que investigaría. Se me ocurrió decirle que enviaría una carta a Kansas City pidiendo una descripción física del verdadero Leo Cummings.

—Ha cometido una tontería, juez.

—¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Dejar que ese Jim Miller fuese al *sheriff*?

Leo Cummings cambió una mirada con su capataz Derky Adams. Éste dio una cabezada en el asiento y entonces el ranchero dijo:

—Está bien, juez, gracias por el aviso.

—¿Qué van a hacer?

—Es mejor que no lo sepa.

—Supongo que van a desembarazarse de Jim Miller y de Betty Burns.

—Cierre la boca, juez. Le conviene. Y será mejor que, durante los próximos días, permanezca en su casa y en su Juzgado. Lo demás no le debe importar nada, especialmente cualquier anormalidad que pueda ocurrir en River City.

El juez se echó a reír.

—¿Por quién me toma, Cummings?

—Por un hombre sensato, y dicen que la sensatez es condición indispensable para que uno pueda ser juez.

—Estoy de acuerdo con usted, Cummings.

—Entonces, puede marcharse.

—No, Cummings, aún no acabé de hablar con usted.

—¿Qué quiere ahora?

—Dinero.

—Creo que no le he oído bien.

—Pues se lo diré de otra forma. Necesito plata y usted me la va a dar.

—De acuerdo, juez, acaba de prestarme un buen servicio. Lo reconozco.

Cummings abrió un cajón del que extrajo una bolsa de cuero. La arrojó hacia el juez, pero éste no hizo ningún movimiento para atrapar la bolsa y ésta cayó al suelo.

En la habitación reinó un silencio.

—Ahí tiene su dinero, juez —dijo el rubio.

—Cien dólares.

—Acertó.

—¿Cree que admito limosnas?

—Vaya —sonrió Cummings, y miró otra vez al capataz—. Su Señoría quiere más.

—Sí, Cummings, quiero más.

Los ojos de Cummings se clavaron en el rostro del juez.

—Oiga, señor Burgeons, no me gusta su juego. Ya recibió cinco mil dólares en el momento preciso.

—Si, los recibí, pero ahora han cambiado las cosas… Todos dimos por terminado el asunto cuando usted ocupó el puesto de Cummings. Yo autoricé con mi firma la impostura y usted me dio el dinero que habíamos convenido.

—Correcto hasta ahora, juez.

—Todos creímos que había quedado solucionado el asunto.

—Y quedó arreglado.

—No, señor Cummings. Se está demostrando ahora que aquel negocio tenía más cola de la que nosotros habíamos calculado. Primero apareció Betty Burns y ahora no se trata sólo de ella, sino de un hombre, Jim Miller. Todo ha vuelto a cobrar vigencia, y yo sé lo que ustedes van a hacer con esos dos jóvenes.

—Si lo sabe, cierre los ojos.

—Puedo hacerlo, pero para ello necesito la ayuda de algo sustancioso. De plata, señor Cummings.

—¿Cuánto, juez?

—Otros cinco mil dólares.

—Está chiflado.

—He dicho cinco mil dólares, y no rebajo un centavo.

Cummings apretó los maxilares.

—Juez, está jugando con fuego.

—Déjese de frases hechas, señor Cummings. Usted ha ganado

mucho con esto. Se ha encontrado de golpe como dueño y señor de un rancho que le ha costado cinco mil dólares. Y eso no es nada comparado con lo que puede rendir… Teniendo en cuenta los planes que piensa llevar a cabo durante los próximos meses, no me extrañaría nada que el rancho valiese los cien mil dólares el año que viene.

—Esto sólo demostraría que soy un hombre eficiente y la persona adecuada para llevar las riendas de este negocio.

—No le voy a discutir la propiedad de La Esperanza, señor Cummings. Sólo quiero que me compense debidamente los servicios prestados.

El capataz Derky Adams movió la mano hacia el revólver.

—Se los compensaré, señor Cummings —dijo.

El juez miró al capataz y sonrió.

—Es usted un bruto, Derky. ¿Qué es lo que piensa hacer? ¿Pegarme un tiro? Arnie, Péguemelo, y empezará a cavar su fosa, la de usted y la del señor Cummings.

El capataz puso la mano en la culata del revólver, pero la dejó allí quieta al oír a su patrón.

—El juez tiene razón, Derky, no podemos solucionarlo de esta forma.

Burgeons rió otra vez.

—Celebro que sea un hombre juicioso, Cummings.

—Tendrá esos cinco mil dólares, juez.

—Ya estoy esperando recibirlos.

—No tengo aquí ese dinero ni lo tendré hasta dentro de dos días, cuando venda una punta de reses.

—Pasado mañana, ¿eh?

—Sí.

—Está bien, esperaré cuarenta y ocho horas, Cummings, pero yo no volveré aquí. Lo espero en mi despacho. Y no se olvide de llevar los cinco mil dólares.

—Descuide, no se me olvidará.

—Gracias, fue un gran honor hablar con usted.

—Lo mismo digo, juez.

Su Señoría hizo un saludo con la mano y salió de la estancia.

La puerta ya se había cerrado pero, tanto el rubio como su capataz, la seguían mirando.

—Hay que hacer algo, señor Cummings —dijo Derky Adams.

—Sí, Derky, hay que hacer muchas cosas —cabeceó el rubio.

## CAPÍTULO X

Betty Burns estaba en compañía de Troy cuando vio que se abría la puerta. Era Jim Miller.

—¿Qué pasó, Jim? —inquirió la joven.

—Tú tenías razón. El juez está metido en el ajo.

—Cuéntame.

Jim hizo un relato de su visita al juez y luego agregó:

—A mi salida de la casa del juez, me escondí. Sólo tuve que esperar un poco para que él saliese. Montó en un caballo y se fue en la dirección donde se ubica el Rancho La Esperanza.

—Así, que todo es un complot.

—No tengo ninguna duda de ello.

—Entonces, ¿debemos dar por muerto a Leo Cummings?

—Lo siento, Betty. Para mi está claro como el agua que lo primero que hicieron fue matar a Cummings.

—Pobre muchacho. Creyó que había llegado su hora y no se dio cuenta de que, al ponerse en camino desde Kansas City, sólo se dirigía a su tumba.

—Les ajustaremos las cuentas.

Troy intervino:

—Esos bastardos merecen la horca.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Jim? —preguntó Betty.

—Sólo se me ocurre una cosa, hablar con el *sheriff*.

—¿Y si él formase parte también del tinglado?

—Lo sabré en seguida. En cuanto haya hablado unas cuantas palabras con él.

—Supón que también estuviese de parte de Cummings.

—Entonces, sólo quedaría una cosa. Liarnos a tiros… Troy, vigila bien a Betty.

—Descuida.

—Será mejor que cerréis la puerta con llave y no abráis a nadie que no sea yo. Trataré de volver en seguida.

Jim fue a salir, pero Betty se acercó rápidamente a él.

—Jim, ten cuidado.

Éste le guiñó un ojo.

—Soy duro de pelar, y si no, que te lo diga Troy.

Poco después, Miller estaba en la comisaría.

Llamó en la puerta y una voz ronca le autorizó la entrada.

Pasó al interior. Sentado ante una mesa vio al representante de la ley, un tipo de unos cuarenta y cinco años, de cabello y bigote muy canoso.

—Mi nombre es Jim Miller, autoridad.

El *sheriff* entornó los ojos, observando atentamente a su visitante.

—He oído hablar de un Jim Miller, cuya especialidad es disfrazarse de Satán.

—Soy yo.

—¿Dónde se dejó el rabo?

Jim se echó a reír.

—Celebro que esté de buen humor, señor Halley.

—Yo siempre estoy de buen humor.

—Mejor aún, porque tengo que darle malas noticias.

—¿Por ejemplo?

—Se ha cometido un asesinato.

El *sheriff* hizo una mueca.

—Hace muy bien en entregarse. Según la ley, eso disminuirá mucho su pena.

Jim se sentó en una silla, sin esperar a que el *sheriff* le invitase, y dijo:

—Yo no soy el asesino.

—No, ¿eh? Muy bien, dígame entonces quién es el muerto.

—Leo Cummings.

El *sheriff* dio un salto en la silla.

—¿El ranchero? Infiernos, es un pez gordo y palabra que lo siento… Ese rubio me había caído bien.

—Le estoy hablando del auténtico Leo Cummings, no del falsario que ocupa su lugar.

El *sheriff* se pasó una mano por la cara.

—Espere, hijo, creo que entiendo muy poco lo que dice, y me hace falta un trago —abrió un cajón, sacó una botella oblonga en la que poma «Elixir para la calvicie», bebió un tragó y chascó la lengua—. Oiga, Miller —dijo después—, si a lo que ha venido aquí es a embromarme, será mejor que abra la puerta y se tire al abrevadero más cercano.

Porque, si se queda, le juro que le voy a meter en una celda.

—Guarde el coraje para después, *sheriff*. Creo que lo va a necesitar. El verdadero Leo Cummings, heredero del Rancho la Esperanza, ha sido víctima de un complot en el que han entrado muchas personas, entre ellas el juez Zallo Burgeons.

El *sheriff* echó mano otra vez a la botella de «Elixir para el cabello».

* * *

Llamaron a la puerta de la habitación donde se encontraban Betty y Troy. Éste, siguiendo las indicaciones de Jim, había dado vuelta a la llave.

—¿Quién es? —preguntó Troy.

Le contestó una voz femenina.

—Soy una empleada del hotel, he de cambiar las sábanas.

—Ya voy.

Troy abrió la puerta.

Una mujer entró dando trompicones y, tras ella, hicieron aparición dos tipos revólver en mano.

—Eh, ustedes —empezó a protestar Troy—. ¿Qué forma de entrar es ésta?

El más bajo de los dos fulanos, un tipo desdentado y de nariz doblada, dijo:

—Usted es Jim Miller.

—No, señor, no lo soy.

—Da lo mismo. ¿Qué va a decir usted? Pero es Jim Miller y ella es Betty Burns. ¿Lo va a negar, muñeca?

—No, señor. Soy Betty Burns.

—Van a venir con nosotros.

—¿Adónde?

—A una fiesta que se va a celebrar en su honor.

Troy dio un manotazo en el aire.

—No estamos para fiestas. Pueden marcharse si quieren. Y diviértanse…

—Usted es muy gracioso, Miller. La fiesta no sería buena sin ustedes, y ya acabo de decir cosas. Tenemos orden de llevarlos, quieran o no.

Troy estaba gimiendo por lo bajo. Trataba de echar mano a los trucos que Jim se sacaba de la manga para deshacerse de los enemigos que se le ponían por delante. Pero a él sólo se le ocurrían miserables excusas como las que estaba dando hasta ahora.

De pronto se acordó de algo. Cierta vez en Memphis, Jim y él fueron sacados a punta de revólver de la habitación de un hotel, pero su amigo y él la armaron en la escalera.

Hicieron la zancadilla simultáneamente a los fulanos.

—Está bien, chicos, vamos con vosotros.

Betty fue a protestar, pero Troy le hizo una señal para que accediese.

La mujer de la limpieza había ido a parar al otro extremo de la habitación y contemplaba muda la escena.

Betty y Troy salieron de la habitación seguidos por los dos hombres de revólver.

Se pusieron a bajar la escalera.

Troy se retrasó, diciendo:

—Se me ha pegado algo en la suela de la bota.

Quiso poner la zancadilla a uno de los tipos, pero ocurrió algo que no sospechaba. Uno de los fulanos se agachó delante de el y el otro lo empujó.

El grandullón de Troy dio una vuelta de campana sobre la espalda del gorila doblado y rodó como una pelota por la escalera.

—Cuidado, no te vayas a lastimar —rió Nariz Doblada.

Troy llegó abajo y se puso a soltar maldiciones. Estaba visto que él no servía para poner en práctica ningún truco. Eso era cuestión de Miller, pero Jim no estaba allí ahora.

Apostó a que estaba viviendo los últimos momentos de su vida.

* * *

El *sheriff* Halley miró al trasluz el frasco del elixir para el cabello. Había bebido hasta la última gota.

—Maldita sea, Miller es la historia más condenada que me han contado en mi vida.

—Pero tiene una virtud. Que es cierta.

—De modo que, mataron a Leo Cummings y el rubio lo suplantó…

—Seguro, *sheriff*.

—Y usted quiere que yo intervenga…

—Se me ocurrió que era cosa de usted y no del jefe de bomberos.

—Condenación, no haga chistes tan malos como ése.

—No se puede quedar sentado ahí, *sheriff*. Esto hay que resolverlo cuanto antes. Betty, Troy y yo corremos un grave peligro. El juez ha ido con el cuento al falso Leo Cummings y, ya puede estar seguro de que esa gentuza no se estaré quieta. Clavaron sus dientes en un buen asado y no querrán soltar su pieza.

—Oiga, Miller, soy el *sheriff* de este condado desde hace doce años, y antes fui ayudante durante otros doce. ¿Sabe una cosa? Nunca consentí que fuese violada la ley… Quiero decir que siempre he intervenido cuando he sido informado de que algo irregular ocurrió dentro de mi jurisdicción.

—Eso está bien, *sheriff*. Ahora acaba de recibir el informe de que algo muy feo se coció entre el juez y ese rubio. Proceda en consecuencia.

El *sheriff* se levantó de la silla, pegó un puñetazo en la mesa y dijo:

—Preséntеme una prueba.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Preséntеme una prueba.

—¿Qué quiere que le presente? ¿El cadáver de Leo Cummings? No sé dónde lo pusieron… ¿O prefiere la confesión del juez o la del rubio que ocupa el lugar de Leo Cummings?

—Infiernos, no puedo proceder contra esa gente sin una evidencia.

—Tendremos que buscar esa prueba usted y yo.

—No me gusta nada.

—Está bien. Correrá de mi cuenta.

—¿Qué va a hacer?

—Convencerlo de que tengo la razón.

Jim abrió la puerta y salió de la oficina.

* * *

Betty y Troy fueron conducidos por Nariz Doblada y su compinche a un establo.

No había nadie a la vista.

—¿Dónde están los caballos en que hemos de viajar? —preguntó Troy.

Nariz Doblada cerró la puerta y el establo quedó sumergido en la penumbra, porque sólo llegaba la luz procedente de una ventana.

—La fiesta se va a celebrar aquí.

—¿Qué dice?

Betty se arrimó a Troy al sentir un estremecimiento.

—Troy, creo que nos quieren matar.

El amigo de Jim sonrió.

—Oh, no, Betty, eso no se hace hoy día. No se comete un asesinato por partida doble en un establo público… Esa clase de crímenes se realizan de noche y en un descampado.

Nariz Doblada soltó una risita.

—Usted es un tipo grande teniendo ocurrencias, Miller.

—Y dale con Miller. No soy Miller. Mi nombre es Troy Campbell, y mi especialidad es la de comer sables, clavos y otros utensilios.

Nariz Doblada soltó una carcajada.

—Eh, *Jet*, si este tipo sigue hablando, creo que me voy a morir de risa…

—No estaría mal hacerle comer algo que le estropease el estómago antes de darle la dosis de plomo. Por ejemplo, un clavo de herradura.

Troy empequeñeció los ojos.

—¿Quieren hacerme comer eso?

—Sí, muchacho. Y como no te lo comas, juro que te vas a tragar balas por la boca.

El llamado *Jet* se agachó en el suelo y atrapó un clavo de herradura.

Lo arrojó a Troy. Éste lo cazó al vuelo y lo miró con pesar.

—Vamos, muchacho, adentro —dijo *Jet*.

Troy se metió el clavo en la boca y lo mostró en la lengua.

—Ahí lo tienen. ¿Lo ven?

Troy hizo un esfuerzo y se tragó el clavo.

Nariz Doblada y *Jet* miraron a Troy con los ojos agrandados.

—Demonios, *Jet*, lo hizo desaparecer. Seguro que le agujereará las tripas.

Troy se frotó las manos.

—¿Me dan otro? Quedé con hambre.

*Jet* tomó otro clavo y se lo alargó a Troy.

Campbell lo hizo desaparecer en dos segundos.

—Demonios —dijo *Jet*—. Me hablaron de los avestruces que comen todo lo que se encuentran en su camino, y este tipo nos ha salido un avestruz.

—Ya tengo ganas de que se trague el plomo que le voy a mandar con mi pistola —dijo Nariz Doblada.

—Esperen un momento —dijo Troy—. Puedo seguir comiendo. ¿Qué les parece si despacho una herradura?

—No estaría mal —dijo *Jet*.

Nariz Doblada denegó con la cabeza.

—Ya se acabó el número, *Jet*, no podemos perder el tiempo.

Troy se maldijo para sus adentros porque sólo había conseguido entretener un poco a los dos fulanos, los cuales levantaron ahora el revólver para llevar a cabo la ejecución.

Betty lanzó un grito.

—No disparen, soy una pobre huérfana… ¿Es que no leyeron en los libros que todo el mundo debe proteger a las muchachas sin padre ni madre?

*Jet* rompió a reír.

—Son un par de farsantes. Mira a la muñeca ahora haciendo pucheros.

Nariz Doblada pegó un salivazo al suelo.

—¿Por qué hoy día no hay gente que muera con decencia…?

—Sí, muchacho, el mundo es un asco.

—Menos mal que quedamos nosotros para que haya algo bueno.

Betty y Troy vieron aterrorizados cómo *Jet* y su compinche curvaban el dedo en el gatillo.

Iban a disparar.

Betty se abrazó a Troy y los dos cerraron a un tiempo los ojos.

Se produjo un estruendo.

Troy sintió que las piernas se le doblaban.

Se tocó el cuerpo. Habría recibido tres o cuatro balas.

El cuerpo de Betty se venció sobre él y la sujetó fuertemente.

Ya habían terminado de oírse estampidos.

Entonces una voz dijo:

—Podéis abrir los ojos.

Troy no quiso dar crédito a sus oídos. La persona que había hablado era Jim Miller.

Fue la voz de Betty la que lo sacó de dudas.

—¡Jim!

Troy miró entonces junto a la puerta y vio a Miller con el revólver en la mano.

*Jet* y su compinche, Nariz Doblada, estaban tirados en el suelo, como guiñapos, en medio de un gran charco de sangre.

Betty corrió al encuentro de Jim y se echó en sus brazos. Miller la apretó contra sí.

—Jim, he pasado el mayor susto de mi vida.

—Yo también. Cuando llegué al hotel y vi que no estabais allí, creí que no llegaría a tiempo… Pregunté a un par de tipos que os vieron pasar y, al llegar al establo, oí vuestras voces a través de la puerta.

Troy se palmeó el estómago. A pesar de tener los clavos allí, se sentía el hombre más feliz de la tierra.

El *sheriff* Halley entró pegando saltitos.

—¡Miller, me figuré que sería usted! Ya imaginé que esto lo arreglaría a tiros.

—*Sheriff*, le presento a Betty Burns, la muchacha que fue compañera de oficina del verdadero Leo Cummings. Ese muchacho de ahí es Troy Campbell.

El representante de la ley se rascó una patilla con el punto de mira del revólver.

—Señorita Burns —dijo—. ¿Quiere repetirme la historia que le contó al señor Miller?

# CAPÍTULO XI

—Querida —dijo el juez Burgeons a Pandora—. Pasado mañana tendré cinco mil dólares. Podremos comprar la casa de Palmer… Nuestra boda podrá celebrarse el próximo sábado.

Pandora miró a los ojos del juez.

—Zallo, tengo miedo.

—¿Por qué lo tienes?

—No lo sé. Quizá es por ese dinero. ¿Quién te lo va a dar y por qué?

Zallo Burgeons rodeaba la cintura de Pandora con su brazo y, de pronto, la soltó.

—Ya te he dicho que no quiero que me hagas preguntas.

—No me gustaría que te ensuciases las manos.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Quiero que seas un juez honrado, Zallo.

Burgeons soltó una bofetada a Pandora, la cual trastabilló, aunque no llegó a caer.

Zallo se miró la mano con la que la había golpeado y la cerró con fuerza.

—No he querido pegarte, Pandora…

—Pero lo has hecho.

—Me has sacado de mis casillas…

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Vete a abrir —dijo el juez.

Pandora salió y, al cabo de un momento, volvió acompañada por el *sheriff* y Jim Miller.

—¿Qué pasa, *sheriff*?

—Necesito hablar con usted.

—Sal de aquí. Pandora.

La mujer salió de la estancia cerrando la puerta tras de sí.

El juez se sentía otra vez lleno de ira. Empezaba a sospechar lo que significaba la presencia de Jim Miller con el *sheriff*.

—Juez —dijo el representante de la ley—. Usted sabe por qué he venido aquí.

—¿Vamos a jugar a las adivinanzas, *sheriff*?

Jim intervino.

—Le he contado al *sheriff* lo mismo que a usted.

—Ha cometido un error, señor Miller. No debió decir nada hasta que yo hiciese mi investigación.

—Ya no hace falta.

—¿Qué quiere decir?

—La señorita Burns y Troy Campbell fueron víctimas de un atentado. Estuvieron a punto de encontrar la muerte en la ciudad. A Troy lo confundieron conmigo.

—No comprendo adónde quiere ir a parar.

—Es la mar de sencillo. Alguien quiso matarnos a Betty y a mí para que dejásemos de ser una molestia.

—¿Debo suponer que está acusando de este atentado a Leo Cummings?

—Sí, señor juez.

Zallo Burgeons cerró los puños sobre la mesa. Aquel estúpido de Miller estaba haciendo todo lo posible para que él no tuviese los cinco mil dólares que Cummings debía entregarle dos días más tarde.

—Oiga, Miller, supongo que uno de esos supuestos asesinos ha confesado.

—Sí —dijo Miller, con todo descaro—. Uno de los fulanos llamado *Jet* dijo antes de morir que había sido contratado por Leo Cummings. Pero agregó algo más. Se refiere a usted, juez.

Zallo enarcó las cejas.

—¿Qué fue lo que dijo ese *Jet*?

—Que usted estaba al corriente de todo.

—¿Cómo?

—Usted sabía que ese rubio no era el verdadero Leo Cummings. Sin embargo, legitimó la posesión del Rancho la Esperanza.

El juez se levantó de un salto.

—¡Maldita sea, Miller! No consiento que nadie me insulte. Ese

hombre, *Jet*, no sabía lo que decía.

—Lo sabía, juez. Lo señaló a usted y al falsario que ocupa el lugar de Cummings. Dijo claramente que ustedes dos habían hecho la combinación para sacar beneficio.

—¡Le haré tragar esas palabras!

—No podrá, juez, porque va a ser encerrado donde debe estar, en una celda.

—¿Quién me va a detener? ¿El *sheriff*?

—Sí —dijo Jim antes de que Halley hablase—. El va a ser quien lo meta en la cárcel, hasta que llegue a River City un juez competente para juzgarlo a usted.

De pronto, se abrió la puerta, y Pandora apareció con un revólver en la mano.

—Ustedes no harán tal cosa. Si tratan de sacar un arma, juro que disparo.

Tanto el *sheriff* como Miller se quedaron quietos.

El juez rodeó la mesa.

—Gracias, Pandora, has llegado oportunamente.

Jim Miller dijo:

—Juez, sólo está complicando más las cosas. Será mejor que se entregue.

—No espere tal cosa.

—Usted fue cómplice de un asesinato.

—Ha sido un entrometido, Miller. ¿Por qué no se estuvo quieto? Al fin y al cabo, ¿qué le importaba que el Rancho la Esperanza estuviese en manos de una persona u otra?

—Es increíble que diga eso, juez. El Rancho la Esperanza sólo pertenecía al meto de Patricio Cummings.

—¿Y quién conocía al nieto? ¡Nadie!

—¿Fue ésa la justificación del crimen que ustedes cometieron?

—Pandora —dijo el juez—. Dispara ya contra nuestros dos visitantes.

El *sheriff* protestó:

—No puede hacer eso, señor Burgeons.

—¿Qué esperas, Pandora?

La mujer tenía los labios muy apretados. Le temblaba la mano con la que manejaba el revólver.

—No es necesario que los matemos, Zallo.

—Si no acabamos con ellos, nos seguirán hasta el fin del mundo.

—Nos seguirán otros si los matamos.

El juez tiró de un cajón y sacó un arma.

—Está bien lo haré yo.

—¡No, Zallo! —gritó Pandora—. ¡No puedes convertirte en un asesino!

—¿Es que no lo has oído? Ya lo soy.

—Sólo fuiste un cómplice. Tú no apretaste el gatillo que mató a Leo Cummings.

—Para la ley es lo mismo. Si fuese juzgado, no escaparía a una grave condena… Hasta es posible que me ahorcasen. ¿Es que no comprendes, Pandora? Voy a matarlos y luego huiremos.

Zallo puso el dedo en el gatillo.

Jim fue a desenfundar porque no estaba dispuesto a morir como una oveja en el matadero. De pronto, sonó un estampido.

El juez se tambaleó y dejó caer el arma. Miró con ojos desorbitados a Pandora, ya que era ella quien le había alojado una bala en las tripas.

—Pandora… tú…

La mujer abrió la mano y el revólver le resbaló flojamente de los dedos cayendo en el suelo.

El juez se tambaleó y Pandora acudió a su lado.

—¡Zallo, perdóname!

Ayudó al juez a sentarse en un sillón.

—Esto acabó para mí —dijo el juez.

Pandora sollozó.

—No tuve más remedio que hacerlo, Zallo. No quería que te convirtieras en un criminal… ¡Te quiero, Zallo!

El juez hizo una mueca de dolor. Puso una mano en la cabeza de Pandora y luego bajó, acariciándole la cara.

—Perdóname, Pandora. ¿Cómo no lo comprendí antes…? Ahora me doy cuenta de que me comporte muy mal contigo.

—No, Zallo, siempre fuiste bueno. Sólo que estabas equivocado… Debiste saber que yo te quería, que podíamos ser felices, tener unos hijos…

—Qué lejos queda ahora todo eso.

—No, Zallo, tú no vas a morir, traeremos un doctor, él te curará.

—Es demasiado tarde, Pandora.

—No, no lo es.

—Es una pena que no se pueda volver a empezar.

—Claro que si, tú y yo iniciaremos una nueva vida…

Zallo Burgeons se venció sobre el brazo del sillón. Había muerto.

Pandora se cubrió la boca con las manos para ahogar un sollozo.

—¡Zallo! —dijo—. ¡Zallo!

El *sheriff* le puso una mano en el hombro.

Jim Miller salió de allí y esperó en la calle. Poco después se le unió el *sheriff*.

—Esa mujer, Pandora, merecía otra suerte —dijo el representante de la ley sonándose con un pañuelo.

—Sí, pero a muchas personas les ocurre lo mismo que a ella. Recuerde a Leo Cummings.

Era un buen muchacho, un tipo que trabajaba en una oficina de Kansas City. Recibió una carta del juez comunicándole que era heredero de un rancho y quizá creyó que ése era el día más afortunado de su vida. Y en realidad, había recibido una cita con la muerte.

—¿Qué hacemos ahora, Miller?

—Tiene la prueba que le faltaba, la confesión del juez.

—No sirve la confesión de un hombre que acaba de morir. Ni siquiera la pudo firmar.

—Pero a usted le consta que el Leo Cummings que está en el Rancho la Esperanza es un miserable impostor.

El *sheriff* guardó el pañuelo en el bolsillo del pantalón.

—Sí, todo lo que dice es cierto, pero la solución resulta peliaguda, ¿no le parece?

—Es posible.

—Usted es grande teniendo ideas. ¿No se le ocurre alguna, Miller?

* * *

—Patrón, ¿va a pagar cinco mil dólares de verdad al juez Burgeons? —preguntó Derky, capataz del Rancho la Esperanza.

El rubio Mike Bruce, que ahora tenía la personalidad de Leo Cummings, estaba prestando atención a las piernas de una de sus criadas, la que acababa de servir un vaso de tequila.

Respondía al nombre de Pinky y era una preciosidad de veinte

años.

—Pinky —le dijo—. ¿Tienes novio?

—Sí, señor.

—¿Para casarte?

—Oh, no, patrón, ¿cómo quiere que piense yo en esas cosas todavía? Sólo tengo novio para pasarlo bien —la joven puso mucha intención en sus palabras.

—¿Y qué tal lo pasa él?

—Frank dice que de primera.

—Pinky, he notado que necesito otra alfombra en mi dormitorio. Sube luego a ponerla.

—Sí, patrón.

La joven hizo unos guiñitos con los ojos y salió de la estancia.

Bruce bebió un trago de tequila y, después de chascar la lengua, dijo:

—Hay mujeres que son el mismo demonio.

—Señor Cummings, le estaba hablando del juez Burgeons.

—Así me gusta, Derky, que me llames Cummings aunque estemos a solas. Te costó trabajo al principio, pero ya lo has conseguido. Contestando a tu pregunta, no pienso pagar un centavo más al juez.

Derky se echó a reír.

—Ya comprendo, encargará a los muchachos que le den el pago que merece.

—Sí, Derky, has dado en toda la diana. Ese juez se lo ha creído demasiado, y no descansaría hasta dejar la ubre seca. Eso no lo podemos consentir.

—Estoy con usted, señor Cummings.

En aquel momento volvió Pinky.

—Señor Cummings, ahí en la puerta hay un tal Jim Miller que quiere verlo a usted.

Bruce dio tal respingo que estuvo a punto de perder el vaso. Cambió una mirada con su capataz y éste dijo:

—Hay tipos que tienen la cara tan dura como el granito, y apuesto a que ese Jim Miller es uno de ellos.

—Debería estar ya difunto.

—Quizá es uno de nuestros muchachos que ha querido gastarle una broma.

—Si es así, juro que lo colgaré de los pulgares. Anda, Pinky, dile a Jim Miller que puede pasar.

La pizpireta joven salió.

Mike Bruce comprobó que su revólver salía con facilidad de la funda, y el capataz hizo el mismo movimiento con el suyo.

Se abrió la puerta y Jim Miller entró en el despacho.

Mike y Derky pudieron comprobar entonces que no se trataba de ninguna broma, aunque era la primera vez que veían a aquel tipo.

Jim Miller avanzó hacia el sillón donde se encontraba el rubio.

—Buenas noches, señor Cummings.

—¿Cómo sabe que soy Cummings?

—Me dieron su descripción y me dijeron que Cummings era un tipo con ojos de lagarto, lengua de víbora y corazón de chacal…

—Le falta solamente decir cómo es mi risa.

—La de una hiena.

—Soy todo un zoológico.

—Las hienas se alimentan de cadáveres como usted, rubio.

Mike Bruce estaba muy tranquilo, pero el capataz había abierto la boca, estupefacto ante la desfachatez con que Miller soltaba sus palabras.

Bruce se echó a reír.

—Me lo quedo, Miller. Ponga su precio. ¿Cuánto vale?

—No estoy en venta.

—Vamos, hombre, todos lo estamos en este sucio mundo. ¿Qué quiere ganar? ¿Ciento cincuenta al mes? ¿Doscientos…? Está bien, le daré doscientos, pero no pida un centavo más. Será el hombre mejor pagado que yo tenga a mis órdenes.

—¿Dónde enterraron a Leo Cummings?

—Leo Cummings soy yo, y me parece que estoy vivo. ¿No cree, capataz?

Derky sacudió nerviosamente la cabeza. Estaba desconcertado, porque no poseía rapidez mental para seguir el curso de aquel diálogo.

—No, rubio, usted no es Cummings —dijo Miller—. Y ya no vale de nada seguir mintiendo, porque su cómplice confesó.

—¿A qué cómplice se refiere?

—Al juez Burgeons. Lo atrapé por el cuello y confesó la verdad.

El capataz movió la mano hacia el revólver y Jim Miller dijo:

—Eh, oiga, Adams, si desenfunda, le juro que le vuelo la cabeza.

El joven dio tal energía a su voz que el capataz se quedó paralizado.

Bruce volvió a reír. Sus ojos observaban con admiración a aquel joven que había ido allí a cantar las verdades.

—Miller, usted es un tipo con muchas agallas.

—Gracias.

—Pero me cae gordo.

—¡Qué lástima!

—Mi capataz y yo vamos a sacar al mismo tiempo y le vamos a hacer un cosido de primera.

—Ya tardan.

El rubio estaba congestionado. Se había creído muy seguro, dueño del Rancho la Esperanza, y un advenedizo de tres al cuarto se llegaba allí para arruinarlo.

—¡Ahora! —gritó.

El y el capataz sacaron.

Jim ya estaba retrocediendo pero, al mismo tiempo, hacía fuego ininterrumpido.

El capataz cayó sobre un sillón y dio una voltereta desapareciendo por el otro lado.

El rubio lanzó un aullido y cayó de rodillas en la alfombra.

Perdió la pistola porque quiso sujetarse el estómago, que le pesaba mucho, porque ahora tenía allí dentro dos balas, y las muy condenadas abrasaban.

—Mis hombres acabarán con usted, Miller.

—No, no pueden hacerlo porque fuera está el *sheriff* con dos ayudantes. Ha llegado su última hora, rubio. Dígame lo que hizo con Leo Cummings.

—Lo conocí en el camino cuando venía de Kansas City… Me contó su historia y se me ocurrió la gran idea… Liquidarlo y ocupar su puesto… Lo maté en un lugar llamado Los Abedules. Está enterrado al lado de una gran roca… Fui primero al rancho, pero resultó que el capataz me había conocido en Abilene. Sabía mi nombre, Mike Bruce. El muy estúpido, en lugar de decírmelo a mí, corrió a contárselo al juez… Le dijo mi verdadero nombre. Cuando yo llegué, me estaban los dos esperando… Conozco la ambición de las personas y jugué bien mis naipes… Le di al juez cinco mil

dólares y dos mil al capataz…

Maldita sea, todo habría salido bien…

—La lástima es que ahora el rancho pasara a poder del Estado.

—No, Miller, el rancho será de esa muchacha testaruda, Betty Burns.

—¿Qué dice?

—Tengo un papel en mi cartera… Lo encontré en uno de los bolsillos de Leo Cummings…

El hombre escribió una carta en la que decía que, si le pasaba algo, dejaba heredera de su rancho a su compañera Betty Burns.

Un hilillo de sangre le corrió por la comisura de los labios.

—Miller, ahora sólo falta que me diga que usted se va a casar con Betty Burns.

Jim Miller se rascó detrás de una oreja.

—Eso va a depender de ella.

Bruce hizo una mueca.

—Suertudo —dijo, y se derrumbó muerto.

* * *

—Jim, ¿es cierto que soy la dueña del Rancho la Esperanza?

—Absolutamente.

—Pero ¿qué voy a hacer yo con un rancho tan grande?

—Bueno, cualquier día te casarás y entonces ya no te resultará tan grande.

—Celebro haberte conocido, Betty…

—¿Qué vais a hacer ahora?

—Troy y yo tenemos que preparar nuestro próximo espectáculo. Troy dice que con nuestra experiencia va a componer una nueva obra. Se llamará *Una chica con mucha pimienta*…

—Jim, ¿no crees que podrías quedarte para ayudarme un poco en el rancho?

—No sirvo para capataz, ni para cow-boy.

—No he dicho que fuese como capataz o como cow-boy.

—¿No?

—No.

Jim Miller se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Sólo hay otra forma de ayudarte un poco a que no consideres tan grande el rancho…

Podemos traer esos hijos que algún día corretearán por allí. Pero claro, para eso necesitaremos casarnos, y entonces…

Jim no pudo decir más, porque Betty Burns ya lo estaba besando en los labios.

FIN

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Se complace en recomendar a sus lectores, la nueva serie:

# HEROES DE LA PRADERA

Una colección dedicada a dos colosos del




## SILVER KANE y KEITH LUGER

**Dos autores cuya fama crece día a día**




EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain